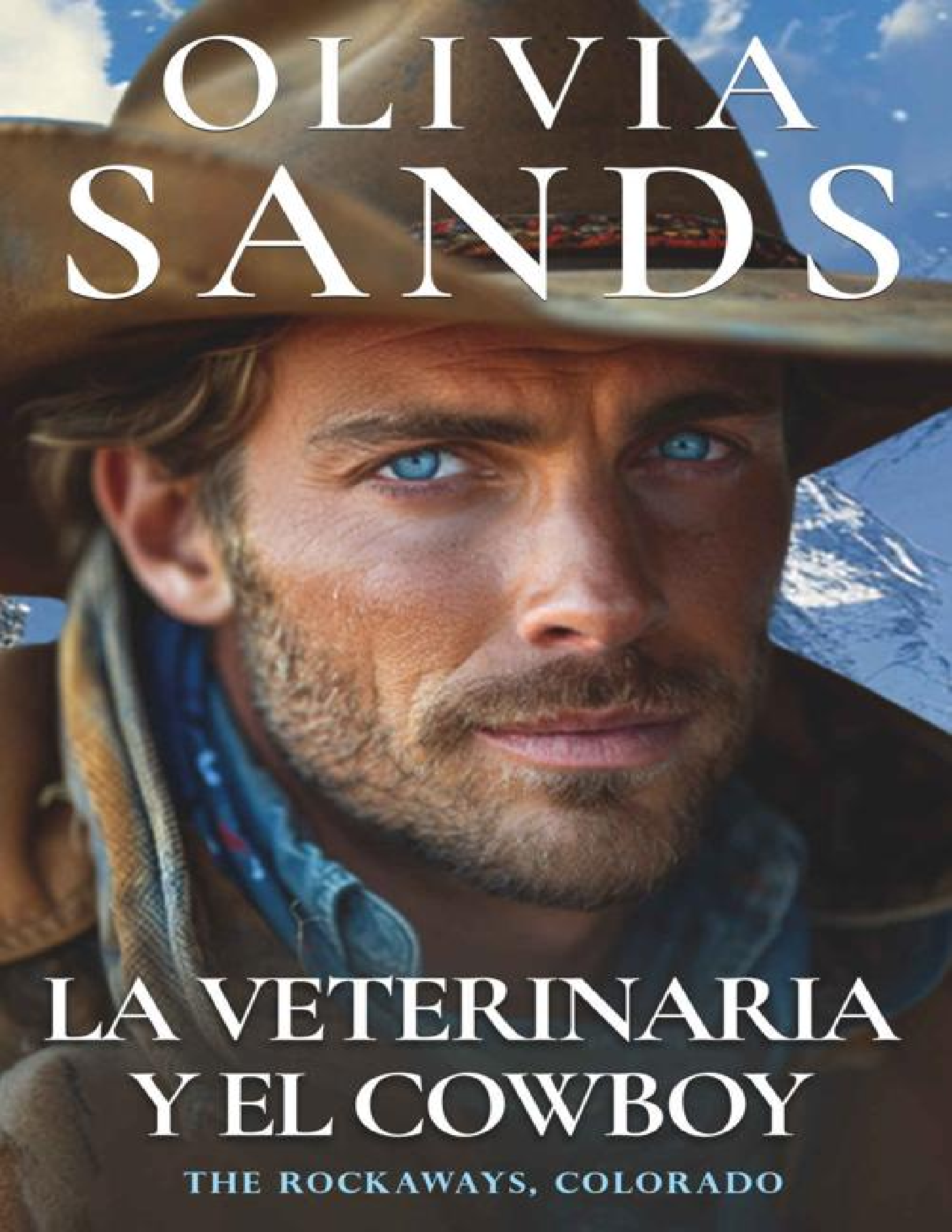

OLIVIA
SANDS
LA VETERINARIA
Y EL COWBOY
THE ROCKAWAYS, COLORADO

LA VETERINARIA Y EL COWBOY

SANANDO ANIMALES, REPARANDO CORAZONES Y ENCONTRANDO EL AMOR EN EL CORAZÓN DEL PAÍS VAQUERO…

THE ROCKAWAYS, COLORADO

LIBRO UNO

OLIVIA SANDS

OLIVIA SANDS

SINOPSIS

Sanando animales, reparando corazones y encontrando el amor en el corazón del país vaquero...

Bianca Reynolds dejó el rancho de su familia en Colorado hace años, persiguiendo su sueño de convertirse en veterinaria en la gran ciudad. Pero cuando su padre sufre una lesión, se ve obligada a regresar a casa, solo por unas semanas. Nunca esperó enfrentarse con **Luke Swenson**, el atractivo y pragmático capataz del rancho, quien parece resentir su presencia.

Luke ha dedicado su vida al Rancho Iron Reynolds, y no necesita que una veterinaria de ciudad le diga cómo hacer su trabajo. Pero cuando una difícil temporada de partos pone a prueba las habilidades veterinarias de Bianca, tendrán que **trabajar juntos**, les guste o no.

Mientras la **tensión de combustión lenta** entre ellos se convierte en una atracción innegable, Bianca se enfrenta a una elección: volver a su acelerada vida en la ciudad o quedarse donde su corazón (y quizás incluso su futuro) realmente pertenece. Pero Luke tiene su propio pasado y problemas de confianza que superar. ¿Se arriesgará a abrir su corazón antes de que Bianca se marche para siempre?

1

BIANCA

—Muy bien, señor Pooksie, quédate quieto solo un segundo más —dijo Bianca Reynolds en tono tranquilizador mientras introducía las pinzas en la oreja caída del perro. Llevaba diez minutos hurgando en las orejas del animal, y hasta la mascota más paciente alcanzaría su límite en ese momento—. Solo me queda uno más... ¡y listo!

Sobre la mesa metálica frente a ella, el señor Pooksie, un joven spaniel marrón y crema, sacudió la cabeza cuando la asistente de Bianca soltó su hocico y quedó libre para moverse. Poniéndose de pie, volvió a sacudir la cabeza antes de abrir la boca y soltar dos ladridos.

—Bueno, no tendríamos que hacer esto si te mantuvieras alejado de los pastizales altos en Summit Park —argumentó Bianca juguetonamente mientras el señor Pooksie ladeaba la cabeza. Le rascó la base del cráneo, sonriendo cuando el perro rápidamente volvió a sentarse para ella—. Apuesto a que ahora quieres tu premio de buen chico, ¿verdad?

Un rabo meneante le indicó a Bianca que eso era exactamente lo que el señor Pooksie deseaba, así que se lo dio, deslizando su píldora antiparasitaria dentro de la masa blanda para perros. Claro, era una tontería, y difícilmente un premio considerando que la medicina del perro estaba escondida dentro. Pero era mejor para los perros que muchos tipos de quesos. Esos podían causar gases en

algunos perros, o algo peor si el sistema del perro no estaba preparado para los tipos de mohos utilizados para envejecerlos.

Unos minutos después, el señor Pooksie estaba de vuelta en los brazos de su dueña, una mujer amable y encantadora que consentía completamente al perro. Una viuda con nido vacío cuyos hijos se habían mudado, el señor Pooksie era el receptor de todos sus instintos maternales cotidianos por el momento.

—¿Cómo ha estado, doctora Reynolds?

—Siempre es un buen chico —le aseguró Bianca mientras le entregaba una bolsa de papel con la medicina de Pooksie—. Las vacunas están al día, el baño antigarrapatas y antipulgas salió perfectamente limpio, y está maravillosamente arreglado. ¿Podría hacerme un favor, señora Davis? Sé que le gusta sacarlo, pero manténgalo alejado de los pastizales altos, por favor. Las dedaleras son peligrosas en las orejas de un spaniel, se meten en el pelo de las orejas y causan problemas serios.

La señora Davis suspiró, acurrucando a su amado perro.

—Lo sé, lo sé. Pero el criador dijo que Pooksie es un perro de exterior, así que realmente no se puede evitar.

Bianca no dijo nada, sabiendo que no sería escuchada. Sí, los spaniels fueron originalmente perros de caza. Pero el señor Pooksie era un Spaniel King Charles, una raza toy que era mejor para sentarse en el regazo que para correr. No es que el perro no necesitara ejercicio, la raza tendía a la diabetes y la obesidad. Sin embargo...

—Sabe, señora Davis, los spaniels como el señor Pooksie se desarrollaron a partir de razas acuáticas —ofreció en un intento de ayudar al pequeño perro—. Y también sería excelente para sus rodillas. Su raza sufre de artritis peor que algunas otras. ¿Tiene un estanque o algo así en su vecindario, verdad?

—Hmm —respondió la señora Davis, con un pensamiento claramente floreciendo en su cerebro—. Lo intentaré. Mis hijos acaban de pagarme para que me instalen una piscina en la casa, ya que no me quiero mudar a Texas.

—Demasiado calor allí —comentó Bianca inmediatamente, y la señora Davis se rió. Bianca había oído hablar de los hermanos Davis

desde el primer día que la señora Davis se había presentado con su perrito, y el calor fue lo primero en lo que ambas mujeres estuvieron de acuerdo—. Al menos en los meses de verano, prefiero Colorado todos los días. En invierno... supongo que por eso tenemos abrigos.

—Y chimeneas también —dijo la señora Davis—. Entiendo por qué lo hicieron. Los impuestos son mejores y todo eso. Pero son buenos chicos y se han adaptado muy bien. Y me regalaron al señor Pooksie.

Bianca se rio, acariciando la espalda de Pooksie.

—Y a usted le encanta mimarlo.

—Por eso insisto en que solo la vea a usted, es la mejor —dijo la señora Davis—. Gracias, doctora Reynolds.

La señora Davis se fue, y Bianca estiró los brazos hacia arriba con alivio, sabiendo que era su última cita del día. Después de asegurarse de que la facturación estuviera en orden con el personal de recepción, regresó a la oficina principal, donde el veterinario principal de la clínica, el Dr. Cobb, estaba tecleando en su ordenador.

—Hola Keith, acabo de terminar mi última cita.

Él levantó la mirada, ajustando sus gafas redondas que Bianca siempre pensó que lo hacían parecer un poco a Jeff Goldblum vendiendo apartamentos. A diferencia del actor, sin embargo, el Dr. Keith Cobb nunca podía mantener sus gafas en su lugar durante más de cinco minutos, y durante las cirugías tenía que sujetarlas con cinta quirúrgica para mantener el protocolo de esterilidad.

—¿Todo terminado, eh? Qué pena, te voy a extrañar.

—Es solo por un mes más o menos —le recordó Bianca, conmovida. Ella todavía era la veterinaria "junior" en la clínica, pero era agradable saber que sus habilidades y esfuerzos eran apreciados no solo por los pacientes y sus dueños, sino también por el personal —. No es como si me fuera para siempre. Y estaré a una distancia que se puede conducir si Ollie o uno de los internos se enferma.

Cobb se rio.

—¿No es una enfermedad la razón por la que vas a cuidar a tu padre? ¿No puedes atender a dos personas a la vez, verdad?

Bianca se encogió de hombros y se sentó en una de las sillas de la oficina.

—Tienes razón, aunque es una lesión, no una enfermedad. De todas formas, papá me necesita. Ha estado solo en ese gran rancho desde que mamá murió. Al menos después de que termina el trabajo y los trabajadores se van a casa por la noche.

—Y que te caiga un caballo encima no es divertido a ninguna edad —observó Cobb—. La verdad es que tu decisión de ayudarlo con su recuperación tras la cirugía es admirable. Dudo que mi hijo viniera a cuidarme si tuviera que ponerme una varilla en la pierna.

—No olvides la rodilla —dijo Bianca—. Esa va a ser la parte más difícil para él, según lo que me dijeron sus médicos. Cuando alguien se somete a un reemplazo de ligamento cruzado posterior, normalmente quieren que empieces a mover y flexionar la articulación lo antes posible.

—Difícil de hacer cuando tienes fracturas de huesos además —terminó Cobb, y Bianca gimió en señal de acuerdo. Puede que no fueran médicos para humanos, pero como veterinarios conocían muchas especies de mamíferos y entendían más que la mayoría de las personas—. Estoy seguro de que harás todo lo posible.

—Ya estoy preparada, y a papá no le gustarán algunas de las cosas que llevo —dijo Bianca—. Pero si no puede flexionar la rodilla, puedo usar una máquina EMS y una pistola de masaje para mantener la mayor tonicidad muscular y elasticidad posible.

—¿El yeso no se interpondrá?

—He hablado con algunos amigos de la universidad, los mismos que me pusieron en contacto con los expertos en EMS, que me dijeron dónde puedo "ajustar" su yeso y aun así mantenerlo inmovilizado hasta que lo reduzcan a un yeso para caminar.

—Buena suerte, aunque apuesto a que su médico no estará muy contento —Cobb se rio—. Solo hazme un favor. Cuando regreses, dime quién se queja más, los pacientes humanos o los animales.

Bianca se rio, ya sabiendo la respuesta incluso antes de ayudar a su padre.

—Definitivamente los humanos. A los perritos siempre los puedes ayudar con un masaje en la barriga. La mayoría de las veces los pacientes humanos no están de acuerdo con eso.

—Y aquellos que lo están, no quieres darles un masaje en la barriga —respondió Cobb en broma, y ambos se rieron—. Conduce con cuidado, Bianca. Y mantente en contacto.

Bianca asintió y registró su salida. Eran poco más de las tres de la tarde, había tomado el turno de la mañana en la clínica por una razón. Quería evitar la hora punta al salir de la ciudad, y mientras tomaba la autopista hacia el sur de Colorado Springs y conducía en dirección a Pueblo, sabía que extrañaría la vida en la ciudad. Claro, Colorado Springs no era Denver, ni ninguna de las "grandes" ciudades. Pero le gustaba poder conseguir donas frescas a medianoche si quería, o tener tiendas abiertas las veinticuatro horas. Le gustaba poder hacer un pedido en línea y saber que estaría en su puerta al día siguiente.

No había sido así al crecer. En aquel entonces, llegar a casi cualquier lugar requería un viaje considerable, y aunque el rancho de su familia estaba más cerca del lado noreste de Pueblo de lo que había estado cuando ella era una niña, no estaba en la lista de nadie de zonas urbanas. Aun así, al salir de la I-25 en la salida familiar, vio algo nuevo.

—Parece que el viejo Rocky Mountain High ha llegado al vecindario —reflexionó al ver un nuevo dispensario junto a la vieja parada de camiones que era el primer "punto" en el mapa de la zona. No es que los dispensarios fueran lo suyo, pero no iba a culpar a la gente—. Personalmente, habría preferido un sitio de café elegante.

Girando a la derecha, pasó por debajo de la interestatal para entrar en la zona, demasiado pequeña para ser llamada pueblo y demasiado grande para ser realmente llamada vecindario. Y a pesar de la reciente expansión de Pueblo hacia el norte, el área no incorporada a un tercio del camino por la interestatal hacia Colorado Springs seguía siendo tan rural como siempre a pesar del apodo "rico" de los Rockaways. Era una broma que comenzó en los años cincuenta por neoyorquinos que se habían mudado a la zona después de la Segunda Guerra Mundial para trabajar, un juego de palabras conectado con la cantera de grava cerrada que era servida por lo que ahora era Granite Road. La cantera llevó a la parada de

camiones, que llevó a los ganaderos a mudarse por las tierras baratas, lo que llevó a un barrio de clase trabajadora que luchaba en el mejor de los casos. Lo que comenzó como un nombre irónico dado por forasteros nostálgicos se mantuvo incluso después de que la cantera cerrara, y ahora, el Centro Rockaway se levantaba como el centro del vecindario.

Gran parte del Centro seguía siendo igual. No era elegante, un centro comercial de treinta años construido en un estilo utilitario que se mantenía principalmente porque no había otra competencia a diez minutos en coche. Estaba el viejo gimnasio, una colección de hierro y acero utilizada por los trabajadores locales de cuello azul que no buscaban "ponerse musculosos", sino fortalecerse o simplemente liberar el exceso de testosterona sin el uso de alcohol.

El supermercado era de una marca diferente, el antiguo había sido comprado unos cinco años antes por una de las grandes cadenas nacionales. Ahora el Centro presumía lo que tenía que ser la "gran tienda" más pequeña de Colorado, pero Bianca supuso que no atraía suficientes negocios como para necesitar algo más que eso.

El estacionamiento era la parada del autobús escolar del vecindario, y ella había pasado muchas tardes allí con amigos, ocasionalmente entrando al supermercado del Centro para comprar un refresco o un bocadillo.

Ese estacionamiento contenía muchos recuerdos. Primeros días de escuela, esperando la media hora de viaje hasta la escuela más cercana. Era un viaje lo suficientemente largo como para que todos se aburrieran, y cuando los niños se aburrían, se metían en problemas. Su primer beso había sido junto a esa parada de autobús, junto con su primera pelea. Era como una vieja canción de John Cougar Mellencamp, destilada en un poste de aluminio desgastado plantado en el concreto en el extremo lejano de un estacionamiento de asfalto agrietado.

Si alguna vez hubiera una sola imagen que encapsulara toda la razón por la que se había ido, esa parada de autobús era. Terminó la preparatoria y no miró hacia atrás, yendo a la escuela de veterinaria en Colorado Springs antes de ser contratada por la misma clínica donde había hecho sus prácticas. El Dr. Cobb había quedado

impresionado por su arduo trabajo. Si tuviera que expresarlo con palabras, ella quería más de lo que los Rockaways tenían que ofrecer. No quería que su mente estuviera limitada. Quería asegurarse de sacar el máximo provecho de la vida.

Quería tener una selección completa de vida a su alcance, no solo una selección limitada.

Así que se había ido, y mientras Granite Road se vaciaba rápidamente y salía de los Rockaways para entrar en el país de los ranchos, no estaba segura de cómo se sentía al volver. Este viaje a casa era diferente de antes. Había regresado antes, por supuesto, pero siempre había sido para visitas cortas. Había vuelto para Navidad o Acción de Gracias durante uno o dos días, tal vez un fin de semana largo. Pero nunca por lo menos un mes entero, y en cierto modo sentía que estaba siendo absorbida de nuevo por la situación exacta de la que había pasado años tratando de escapar.

Más adelante vio la cerca blanca pintada que marcaba la entrada al rancho, y se detuvo, mirándola a través del parabrisas. Era intemporal, un simple arreglo de tres postes de aluminio dividiendo un marco de acero, seis pies de altura y lo suficientemente fuerte como para mantener a cualquier vaca errante fuera de la carretera. En realidad, era excesivo en opinión de Bianca; si una vaca quería hacer autostop, podría romper fácilmente la cerca de alambre de púas que rodeaba los pastos.

Con reluctancia, pero sabiendo que tenía que superarlo, apagó el motor y salió de su SUV. Al cerrar la puerta, se detuvo un momento por el viento. Aquí en las altas llanuras orientales de las Rocosas, demasiado al este para ser llamadas propiamente estribaciones pero demasiado altas en elevación para no ser consideradas al menos la base de la gran cordillera, el viento siempre le cantaba. Y siempre era una canción diferente, también.

Había días de verano, donde la brisa era la canción de la juventud, de la libertad y el futuro. Era chicas campesinas y pastel de manzana, pantalones cortos y música country, y sudor limpio y bueno con un toque de serrín.

En el otoño, era la brisa del logro. El trabajo duro con el rebaño estaba hecho, las cosechas recogidas, el sudor podía ser borrado

con besos. La canción de la brisa silbaba con felicitaciones, de calabazas y especias y todo lo agradable... pero con ella los tonos oscuros del invierno por venir.

Los vientos de invierno eran los que Bianca más odiaba. El rancho era casi plano como una tortita, y no había nada que detuviera al viento que venía a arrancar el calor de tus huesos sin importar cuántas capas te hubieras puesto. Podías estar dentro de la casa, y el viento atravesaría, con o sin remolinos de nieve, para recordarte que cuando no estabas mirando, la muerte te esperaba al otro lado de la ventana.

Pero eso era invierno, y ahora era su época favorita del año, mediados de primavera. El viento susurraba rico con nueva vida, y mientras el resplandor naranja se hinchaba e iluminaba la casa en la distancia, se sintió abrumada por la nostalgia. Claro, este rancho no siempre le había dado buenos recuerdos. Su madre había muerto en esta tierra.

Aun así, era su hogar.

Desbloqueó la puerta, condujo a través de ella antes de usar el viejo truco de dejar que su SUV avanzara por sí solo un momento mientras se apresuraba a cerrar la puerta detrás de su vehículo reptante antes de correr para alcanzarlo y saltar dentro. Le tomó más tiempo del que había tomado cuando tenía diecisiete años y conducía el viejo y jadeante Chevy del rancho; su SUV avanzaba mucho más rápido. Aun así, lo logró y llegó a la casa.

Ver el rancho fue como otro golpe de nostalgia para ella. Allí, clavado a la barandilla del porche delantero, estaba el caballo de hierro forjado negro que daba al rancho su nombre, Reynolds Iron. Era otro juego de palabras, ya que el primer Reynolds en establecerse en estas tierras había comprado el rancho con los ahorros de toda su vida como trabajador ferroviario, conduciendo motores en el Denver Pacific Railroad hasta la fusión de 1880 que lo trajo al nuevo Union Pacific Railroad. El ingeniero Simon Reynolds ya había tenido suficiente, y el hombre que había pasado veinte años conduciendo el caballo de hierro decidió que criaría caballos en su lugar.

Dos generaciones y una guerra mundial después, los caballos cedieron el paso a las vacas, y hasta el día de hoy, la marca Reynolds Iron marcaba vacas vendidas en toda la región. También había despertado los intereses veterinarios de Bianca Reynolds, y mientras estacionaba frente a la casa, construida justo antes de que ella misma naciera sobre los cimientos de la antigua propiedad del rancho, podía sentirlo en sus huesos.

Hogar.

Cerrando la puerta de su SUV, se estiró de nuevo y miró alrededor. Las cosas no habían cambiado mucho desde Navidad, y se alegró de ver que la luz estaba encendida en la sala de estar. Se había preocupado, después de que su padre le contara sobre su accidente, de que estuviera caminando por el rancho con una férula, a la mierda la próxima cirugía. Ese era el tipo de hombre que era.

Subió el trío de escalones al porche, pero antes de que pudiera alcanzar el pomo de la puerta principal, esta se abrió, y Luke Swenson salió. La mano derecha de su padre, Luke había estado trabajando en el rancho desde que Bianca era estudiante de primer año en la universidad. Alto, con hombros anchos y musculosos, cabello castaño y ojos del color del cielo de Colorado, era un chico de póster para la vida de vaquero. Normalmente un hombre que nunca faltaba un día al trabajo, solía estar de vacaciones cuando Bianca había venido a visitar el rancho antes, aunque la vida del rancho nunca se detenía realmente. Era simplemente un momento conveniente para que él tomara sus vacaciones, pero al mismo tiempo significaba que Bianca no lo conocía muy bien.

—Hola Luke —dijo Bianca alegremente, sonriendo—. ¿Cuidando a papá?

Luke apenas gruñó, sus cejas sombrías.

—Escuché que volvías.

Está bien... bueno, todos tienen derecho a tener un mal día. ¿Quizás a Luke simplemente no le gustaba ver a su padre postrado?

—Sí. Llevaré a papá a su cirugía mañana, y luego me aseguraré de que no lo estropee durante el próximo mes. Ya sabes cómo es.

—Sí.

—Así que de todas formas, esperaba poder comentarte algo —dijo Bianca—. Sé que las personas no son caballos o vacas, pero el estrés afecta la curación. Así que esperaba que este mes, si algo va mal en las operaciones diarias, tal vez me lo consultes a mí primero, y luego se lo podemos llevar a papá después de que esté resuelto.

Luke simplemente gruñó de nuevo y la rodeó.

—Disculpa. Tengo que terminar en el granero.

Se fue, casi rozándola con su hombro al hacerlo. Esto molestó a Bianca, quien lo observó descender los escalones antes de alejarse hacia el granero a unos cien metros de la casa, con los puños apretados mientras lo hacía.

¿Cuál era su problema?

¿Estaba molesto porque Bianca había venido a cuidar a su padre?

No lo sabía, pero no tenía tiempo para eso ahora. En cambio, volvió a poner una sonrisa en su rostro, y llamó a la puerta antes de abrirla.

—¡Papá, adivina qué! ¡Ya estoy aquíííí!

—¡Bee! —llamó su padre desde la sala—. ¡Bienvenida a casa, cariño!

—¡Ah, ah, ah, papá! —llamó Bianca mientras se apresuraba hacia la sala—. ¡Ya te oigo moverte! ¡Más te vale que no estés intentando ponerte de pie! ¡Puedo abrazarte mientras estás acostado en el sofá igual de bien que si estuvieras de pie!

Eso era lo importante, decidió. Luke podía ser un gruñón. No le importaba. En este momento, su trabajo era cuidar a su padre y ayudarlo a mejorar.

Si había algo que a Luke no le gustaba de eso, entonces simplemente tendría que vivir con ello.

LUKE

Aunque el mundo humano funcione con un horario laboral de cinco días a la semana, las vacas, y por tanto la ganadería, no. Y si bien durante los meses más ocupados de primavera y verano era normal que Luke delegara las tareas de sábado y domingo a los empleados temporales que ayudaban, ese sábado no era el caso.

Por un lado, aún no se había contratado el complemento completo de trabajadores temporales. Solo había cuatro trabajadores en nómina en ese momento, incluido Luke, y dos de ellos todavía eran demasiado novatos para que se les confiara estar solos. Eso significaba que trabajaba al menos un día de fin de semana por semana, y lo compensaba con un lunes "corto", aunque eso iba a cambiar al menos en el futuro previsible. En segundo lugar, con el jefe fuera debido a su cirugía, alguien tenía que dar un paso adelante y dirigir las cosas.

No es que Reed Reynolds estuviera tomando decisiones que le agradaran últimamente de todos modos. No se había dicho nada, nada era oficial, pero Luke no era ningún tonto. Podía leer bastante bien el ambiente.

Pero la tercera y más importante razón por la que estaba trabajando un sábado por la mañana era para echarle un vistazo a Chief, el gran caballo castrado gris que había sido la otra víctima del reciente accidente. Sí, Reed Reynolds se había aplastado la pierna debajo del caballo cuando este se derrumbó, y la lesión se había agravado cuando el asustado Chief se había puesto de pie solo para

arrastrar al gritón Reed durante diez metros antes de que su bota saliera del estribo.

Pero Chief también se había lastimado, y esa responsabilidad recaía sobre los hombros de Luke. Así que estaba en los establos, examinando cuidadosamente una muy adolorida pata trasera izquierda.

—Tranquilo, grandulón —Luke pasó su mano por el flanco del caballo y bajó por la pata—. Vamos a ver si tenemos un moretón, un esguince o algo peor.

—Deberías llamar a un veterinario para él.

Luke levantó la vista para ver a Bianca Reynolds parada en la entrada del establo, vestida casi de manera ridícula para la vida en un rancho. Los jeans estaban bien, quizás demasiado bien considerando cómo lucían en su atlética figura, y definitivamente la hacían parecer más alta de lo que era, aproximadamente un metro sesenta y cinco.

Pero llevaba una camiseta lila-púrpura, con dibujos de cachorros de todos los tipos, de esos con ojos grandes y adorables y pequeños corazones brillantes. Era exactamente lo opuesto a una camiseta de rancho, y algo que una chica de rancho debería haber sabido. Era imposible creer que Bianca la estuviera usando a pesar de haber crecido aquí.

Y para rematar, sus botas de combate de excedente militar de color tostado claro añadían otra capa insana de irrealidad al aspecto. Luke no podía creer que hubiera pensado vestirse así. Pero allí estaba, luciendo hermosa y ridícula al mismo tiempo. Solo llevaba unos días de vuelta, pero ya estaba causando revuelo con su presencia.

—He estado trabajando con caballos desde que tenía ocho años —dijo Luke mientras volvía a atender a Chief, pasando nuevamente la mano por el tendón del caballo—. No hay nada que un veterinario pueda encontrar que yo no pueda encontrar, no sin alguna exploración de mil dólares.

—Como veterinaria, me parece más que un poco insultante — Bianca entró al establo.

Luke estaba a punto de decirle que se mantuviera alejada de un caballo herido, especialmente Chief, que siempre era asustadizo con personas que no conocía, pero se contuvo. Bianca claramente sabía lo que estaba haciendo, acercándose al caballo por su lado izquierdo, asegurándose de que la viera bien con su ojo antes de extender lentamente la mano y colocar una mano tranquilizadora en el cuello del caballo.

—Así es, gran Chief. Ha pasado un tiempo desde que nos vimos, ¿eh?

—Olvidé que vuelves de vez en cuando —admitió Luke a regañadientes—. Y que eres veterinaria. Aunque de ciudad.

—¿Como si eso hiciera alguna diferencia? —preguntó Bianca, sus ojos color avellana destellando de molestia—. Esto ya no es "Todas las criaturas grandes y pequeñas", ¿sabes? Me he formado en muchas áreas y sé cómo trabajar con todo tipo de animales.

—Los perros no son caballos —dijo Luke.

—No, los caballos son mucho más frágiles que la mayoría de los perros —replicó Bianca mientras se movía con cuidado por el lado izquierdo de Chief para acercarse a Luke—. Ahora muéstrame qué le pasa.

—Tu padre se cayó por una madriguera —dijo Luke—. De una ardilla de tierra, supongo, eché un vistazo al lugar cuando recogí a tu padre. Chief tuvo suerte, pisó una madriguera que era poco profunda y ancha. En lugar de romperse la pata, lo hizo caer, donde aterrizó sobre tu padre antes de que Chief se levantara y lo arrastrara. Ahí es donde Reed se lastimó la rodilla, por cierto.

—¡Oh no! —exclamó Bianca, y por un momento él estaba a punto de decir algo sobre cómo Reed no necesitaba su lástima cuando ella acarició el lomo de Chief—. ¡Pobre bebé! ¡Debes haber estado aterrorizado!

Puntos para Bianca, al menos en opinión de Luke.

—He tenido a Chief estabulado desde entonces, solo lo he sacado a caminar cortas distancias para ver cómo está esta pata izquierda. Nada está roto, eso lo sé.

—Pero podría ser cualquier cosa, desde un hematoma óseo hasta un tirón muscular o un desgarro del ligamento suspensor —dijo

Bianca, preocupada—. Deberíamos hacerle una radiografía, y una ecografía podría señalar el problema.

—No va a suceder. —Luke sonaba molesto y triste al mismo tiempo. ¿Acaso ella pensaba que él no había considerado eso? ¿Que era solo un vaquero de campo que quería arreglar su caballo con saliva y cinta adhesiva?—. Mira, he estado haciendo revisiones todos los días, pero si quieres ver, puedes palpar si quieres. Pero te digo que es un esguince o un hematoma óseo.

—Bien. Quítate del medio —gruñó Bianca, frustrada.

Luke retrocedió, más sorprendido que por otra razón. Observó cómo ella examinaba completamente la pata de Chief, presionando y sondeando con dedos fuertes que tenían uñas cortas y recortadas. Luke permaneció cerca de su cabeza, asegurándose de que el caballo permaneciera tranquilo mientras observaba a Bianca hacer lo suyo.

Tenía que reconocérselo, aunque le costó mucho esfuerzo mental hacerlo. Ella sabía lo que estaba haciendo mientras examinaba la pata de Chief, y cuando dio un paso atrás, su rostro estaba lleno de preocupación. —Veo a lo que te refieres. Aun así deberíamos llevarlo a hacerle una radiografía como mínimo.

—No va a suceder —repitió Luke, y Bianca le lanzó otra mirada de enojo. Suspirando, señaló fuera del establo—. Si vamos a hacer esto, no quiero hacerlo frente al caballo. Lo alteraría.

Bianca resopló, pero asintió. —Bien.

Saliendo del puesto, abandonó el establo, dirigiéndose al área abierta entre el establo y el granero. Casi exactamente en el centro del espacio, giró sobre el talón de su bota y colocó los puños en sus caderas. —Te escucho.

—No va a haber una radiografía o ecografía porque el rancho no puede permitirse una radiografía o ecografía —respondió Luke rotundamente—. Especialmente no para un caballo castrado de diez años. Chief es un caballo de trabajo, no uno de carreras.

—¡Es un buen caballo y merece respeto y cuidado! —declaró Bianca acaloradamente—. ¿Y qué quieres decir con que el rancho no puede permitírselo?

—Quiero decir que conozco bastante bien los libros —dijo Luke—. Y aquí está el resultado final. Una visita del veterinario cuesta cien dólares para que el doctor Neidhart venga aquí. Para que haga ese examen de cojera que acabas de hacer, y que yo sé cómo hacer, son otros ciento cincuenta. Las radiografías cuestan cincuenta dólares por imagen. La ecografía son otros doscientos dólares. ¡Haz las cuentas, tú eres la que fue a la universidad!

—Tres imágenes como mínimo, seiscientos dólares —admitió Bianca—. ¿Y qué?

—Pues que esos son seiscientos dólares que serán la diferencia entre contratar a otro empleado para ayudar con el rebaño este verano o no contratarlo. O reemplazar el motor del Gator, o simplemente irlo arreglando otra temporada más esperando que no se estropee algo importante. ¿Y qué nos mostrará esa radiografía o ecografía que podamos permitirnos tratar de todos modos? ¿Eh? —respondió acaloradamente—. Aquí está la dura y fría verdad, Bianca. Ese caballo, si tiene algo que no pueda tratarse con reposo y algunos antiinflamatorios, irá a la fábrica de pegamento. No me gusta esa idea. Es un buen caballo que no hizo nada malo, pero no podemos permitirnos una cirugía para él. Los márgenes de beneficio en este rancho son más delgados que un cabello, ¡y eso es antes de tener en cuenta que tu padre estará fuera al menos dos meses antes de que pueda hacer algo más que trabajo de oficina!

Estaba gritando, con la mandíbula apretada, pero Bianca no retrocedió. En su lugar, lo miró a los ojos, los suyos ardiendo de ira. —Entonces ayudaré por aquí hasta que papá pueda caminar de nuevo —dijo Bianca—. En cuatro semanas podrá caminar con una ortesis. Eso le permitirá bajar aquí donde al menos puede conducir tu precioso Gator, o usar el cargador trasero para distribuir el alimento para las vacas.

—No quiero... —declaró Luke, pero Bianca ya había dicho lo que tenía que decir. Dándose la vuelta, se alejó, y él apretó los dientes mientras sus ojos automáticamente se dirigían al balanceo ondulante de sus caderas en sus ajustados jeans.

La camiseta podría haber sido ridícula, pero esos jeans le quedaban perfectos.

Volviendo al trabajo, terminó con Chief, frotando un linimento analgésico en su pata antes de vendar cuidadosamente el corvejón y el menudillo con un vendaje de soporte. Chief no iba a salir de su establo hoy, pero Luke no tomaba riesgos. Además, la compresión ayudaría con cualquier inflamación que el linimento no pudiera solucionar.

El resto de su trabajo transcurrió como se esperaba, y justo cuando su reloj sonó para indicar que eran las dos en punto, había terminado. Las vacas en el granero estaban alimentadas, las vacas en el pasto estaban en el lugar correcto, los caballos estaban alimentados y con agua.

Todo estaba hecho para un sábado. Un poco más tarde de lo que le hubiera gustado, pero nada demasiado malo.

Dirigiéndose hacia la casa principal, donde había estacionado su camioneta en la parte trasera, hizo una mueca cuando la puerta trasera se abrió y Reed Reynolds salió cojeando, con muletas bajo cada axila.

¿No se supone que deberías estar en reposo, idiota? ¡Acabas de tener tu cirugía el otro día!

Pero él estaba levantado, con Bianca justo detrás, claramente preocupada por él. Al menos ella tenía un gran corazón, aunque no siempre fuera el más económico.

Mejor que su padre.

—¡Luke! ¡Ven aquí un momento, ¿quieres?! —gritó Reed antes de volverse y decirle algo a Bianca. Asintiendo, se quedó quieto mientras ella arrastraba una mecedora, y se hundió en ella, inclinándose hacia adelante antes de que Bianca pudiera encontrarle una mesita para apoyar su pierna. Considerando cuánta fibra de vidrio estaba envuelta alrededor de su pierna izquierda, Luke lo entendía.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Reed mientras se acercaba al porche. No le gustaban las decisiones recientes del hombre, pero Reed firmaba los cheques, al menos por ahora.

—Bianca me mencionó que el rancho obviamente está falto de personal con mi lesión —dijo Reed.

Luke miró a Bianca, quien apretó los dientes y miró a su padre con molestia. Claramente, ella tampoco estaba al tanto de esta conversación.

Reed continuó. —Así que tuve la idea de que ustedes dos necesitan trabajar juntos. Se acerca la temporada de partos, y siendo Bee una veterinaria capacitada, puede ayudar mucho.

—Jefe, aunque ella sea veterinaria, no es una ganadera...

—Bianca creció en este rancho y ha ayudado con muchos partos antes de ir a la escuela —dijo Reed con calma.

Claramente, ambos Reynolds estaban de acuerdo en las habilidades médicas ganaderas de Bianca.

—Ahora, ya tomé mi decisión. Quiero que ustedes dos trabajen juntos, mantengan las operaciones funcionando sin problemas mientras estoy postrado sin mucho más que hacer que teclear en el maldito portátil. ¿Me oyes?

La mandíbula de Luke se tensó, pero asintió. —Escuchado y entendido.

—Bien —dijo Reed—. Entonces tómate el día libre mañana con seguridad. Bianca puede encargarse de las tareas básicas y ocuparse de lo que necesito que haga al mismo tiempo. El lunes, ustedes dos pueden sentarse y elaborar un plan sobre cómo quieren manejar las cosas mientras estoy fuera del panorama. Ahora, Bianca, puede que seas mi familiar, pero Luke es el gerente del rancho, así que él tiene la última palabra cuando se trata de operaciones diarias. ¿Está claro?

Bianca, que tampoco parecía complacida con la situación, asintió secamente. —Resolveremos las cosas, papá.

—Bien. Entonces Luke, saca tu trasero de aquí, ve a disfrutar del resto de este hermoso sábado. Mientras tanto, voy a sentarme aquí y respirar un poco de aire fresco.

Claramente despedido, Luke lanzó una última mirada a la molesta Bianca antes de asentir como despedida y dirigirse hacia su camioneta. Subiéndose, cerró la puerta de golpe, gruñendo mientras se alejaba. Al menos pudo contener su grito de frustración hasta llegar a Granite Road, pero fue por poco.

¿Qué diablos fue eso? Sí, el rancho estaba con márgenes muy estrechos, pero no era como si Reed debiera estar preocupado. No

con sus rumoreados planes.

¿Y qué demonios estaba haciendo Bianca al principio del día con Chief? ¿Dándole órdenes, diciéndole cómo hacer su trabajo? El hecho de que fuera una veterinaria capacitada no la convertía en la reina de todos los animales.

Aunque se veía bien.

Muy bien.

Y si era honesto consigo mismo, ese poco de descaro que mostró durante su conversación le excitaba. No era el tipo de hombre al que le gustaban las mujeres que se derretían con solo una mirada, y Bianca Reynolds no era de las que se derretían.

Eso era tanto molesto como atractivo.

Casi tan atractivo como esos jeans que llevaba.

3

BIANCA

Caminando por el establo, con su techo inclinado y lados abiertos, Bianca examinó cada una de las vacas. Intentaba memorizarlas, no solo como ganadera sino como veterinaria. El rancho de su familia era de ganado para carne, así que las vacas rotaban cada dos años, aunque una vaquilla podría quedarse un tercer o incluso cuarto año si producía terneros grandes. La cría era, después de todo, una gran parte del trabajo de los ganaderos. Pero eso significaba que cada vaca que ahora estaba en el rebaño le resultaba totalmente desconocida, aunque podría estar mirando a las nietas o bisnietas de algunas vacas que había conocido cuando era niña.

—¿Qué estás haciendo?

Bianca miró por encima de su hombro. Luke se acercaba, con las mangas de su camisa de trabajo arremangadas hasta sus musculosos antebrazos y sus piernas largas y poderosas impulsándolo por el pasillo central hacia ella. Había estado en el pasto cuando ella terminó de acomodar a su padre en el sofá y darle el desayuno, así que había venido aquí primero.

—Revisando a nuestras vacas preñadas —dijo ella—. ¿Es un problema?

—Aún no te conocen —respondió Luke, y Bianca puso los ojos en blanco—. ¿Qué? Incluso una veterinaria de perritos debería saber que a las vacas no les gusta la gente nueva. Las pone nerviosas.

—¿Y cómo se supone que me van a conocer si nunca me ven? —replicó Bianca, pero conscientemente mantuvo su voz alegre y agradable—. Además, eso solo afecta a los rebaños lecheros. Como no ordeñamos a nuestras vacas, está perfectamente bien dejar que me conozcan. Están con el resto de su rebaño, no se verán afectadas a largo plazo.

—Sí, claro —gruñó Luke—. Mira, si realmente quieres ayudar, tenemos que hacer preparativos para el parto. El corral de partos necesita limpieza, tenemos un par de mamás problemáticas que podrían necesitarlo.

—Entonces pongámonos a trabajar —ofreció Bianca, contenta de hacer algo para demostrar su valía—. ¿Dónde guardas los guantes de trabajo?

Luke suspiró, lo que la molestó. —¿No tienes guantes de trabajo?

—No. —¿Por qué los tendría? Aunque sabía que era parte del trabajo en el rancho, no esperaba necesitarlos, y no era parte de su lista habitual de equipaje. Pero el rancho normalmente tenía algunos listos para visitantes.

—Podría haber un par viejo en la oficina. —Luke señaló hacia el extremo del establo donde solía estar la "oficina". No era realmente una oficina, más bien un cuarto de almacenamiento donde libros aleatorios de antes de que el rancho se digitalizara se pudrían lentamente en el clima de Colorado. Cualquier tipo de guantes que hubiera allí probablemente estarían resecos y asquerosos, pero Bianca sabía que no tenía muchas opciones. Tendría que soportarlo y comprar unos guantes en la tienda después del trabajo.

También le indicaba cuánto habían empeorado las cosas si su padre ya no compraba guantes de trabajo para la gente.

—Bien —respondió, alejándose. Intentaba controlar la irritación en su voz, pero la verdad era que Luke la molestaba.

Se suponía que debía estar siempre feliz, siempre tratando de ser útil. Eso era lo que le había conseguido un trabajo en la clínica con el Dr. Cobb, y lo que la había hecho popular entre sus compañeros de trabajo y pacientes. La Dra. Reynolds, siempre ahí con una sonrisa.

Excepto que Luke la hacía no querer sonreír. Si acaso, Luke la hacía querer ser tan gruñona y hosca como él. Quería patear el suelo cuando estaba con él, gruñirle de vuelta cuando decidía comunicarse como un cavernícola.

Pero Bianca no iba a dejar que su mala actitud la detuviera. Primero, patear el suelo y estar gruñona solo se vería ridículo, considerando la diferencia de tamaño. Bianca no era pequeña, sabía que con un metro sesenta y ocho y unos cincuenta y cinco kilos estaba bien constituida. Iba al gimnasio cuatro veces por semana después del trabajo, y había mantenido la constitución atlética que tenía cuando trabajaba en el rancho de adolescente. Pero Luke se elevaba sobre ella, con una espalda lo suficientemente ancha como para proyectar sombras.

Además, también había escuchado el cuidado e intensidad en su voz cuando hablaba con ella sobre Chief. Era un buen ganadero. Así que soportó la falta de comunicación y rebuscó entre pilas de viejos registros de cría de vacas ya desaparecidas antes de encontrar un par de guantes de algodón y goma medio podridos. Crujieron y soltaron nubes de polvo de algodón podrido mientras los examinaba, apenas manteniéndose unidos.

—Mejor que nada —se dijo Bianca mientras se los ponía, y junto con Luke se pusieron a trabajar.

El corral de partos era diferente a los otros corrales del establo. La mayor parte del establo era semi-industrial, con barras de acero que mantenían a las vacas fuera del pasillo central mientras les permitían comer de los grandes comederos que recorrían toda la longitud del establo. En clima frío, paradas una al lado de la otra, los cuatro corrales principales podían albergar cómodamente a mil vacas, y hasta dos mil si una ventisca significaba apiñar a las vacas por seguridad. Los suelos de esos corrales eran de tierra compactada sobre una base de concreto, perfectamente bien para una vaca sana sobre sus patas.

Pero los dos corrales "blandos" estaban destinados a otros propósitos. Uno era el corral hospital, para vacas cojas con problemas de pezuñas u otra enfermedad. Era una medida de

protección tanto como cualquier otra cosa, separando a las vacas potencialmente portadoras de enfermedades del resto del rebaño.

El otro corral era el de partos, que estaba cubierto con cuarenta y cinco centímetros adicionales de aserrín y heno para dar a las vacas con partos difíciles la mejor oportunidad de parir con seguridad. Bianca sabía que en un rebaño de ganado del tamaño del Reynolds Iron, al menos cuatro de cada cinco partos se realizarían en el pasto, con las vacas haciendo lo que habían estado haciendo naturalmente incluso antes de ser domesticadas. Pero siempre había algunos partos complicados, y para proteger la salud de la madre y el ternero, y para proteger la inversión del rancho, esas vacas serían llevadas al corral de partos cuando llegara su momento. Bianca estimaba que el corral de partos podría albergar como máximo unas treinta vacas, y el corral hospital era aproximadamente del mismo tamaño.

Tendría que ser suficiente.

Era un trabajo duro y sudoroso romper un invierno entero de aserrín y heno compactado, incluso con la ayuda del minicargador del rancho con su pala delantera. La pala no podía hacer mucho más que empujar lo que ya estaba arrancado de la tierra, así que Bianca y Luke se turnaban, usando una azada para romper y levantar trozos del suelo compactado antes de que el minicargador pudiera recogerlo todo y descargarlo afuera.

Bianca no lo habría disfrutado en ninguna circunstancia, pero lo que hizo el día particularmente miserable fue cómo se atacaban y discutían entre sí. Luke parecía dedicado a decirle a Bianca dónde estaba metiendo la pata, lo que hacía que Bianca se sintiera obligada a recordarle a Luke una y otra vez que había aprendido a caminar en el mismo rancho en el que ahora estaban trabajando.

En otras palabras, déjame en paz, amigo. Era perpetuo, sin llegar a ningún lado excepto quemar energía y hacer que se fuera a la cama deseando poder darle a Luke un golpe en la nuca.

El día siguiente fue más de lo mismo, y el siguiente, y el siguiente. Durante una semana entera, Bianca y Luke se llevaron como el agua y el aceite. La agotaba incluso más que el trabajo manual de ayudar en el rancho de nuevo, y se obligaba a contener

comentario duro tras comentario duro. Finalmente, sin embargo, tuvo suficiente, y desafortunadamente lo descargó en la dirección equivocada.

—Bee, ¿realmente tenemos que...? —se quejó su padre mientras ella sacaba el dispositivo de estimulación eléctrica muscular nuevamente. Había tenido suerte ahí, con su médico poniendo los agujeros que Bianca deseaba en su yeso sin queja alguna.

—Papá, cállate —espetó Bianca antes de tomar una respiración profunda. Al ver la expresión sorprendida de su padre, dijo—: Lo siento, ha sido un día largo. Pero necesitas hacer tu rehabilitación.

Reed asintió y se levantó la pierna del pantalón corto. Estaba haciendo dos sesiones de rehabilitación al día para sus piernas, una por pierna, y mientras Bianca conectaba las almohadillas a los cuádriceps y al tendón de la corva de su padre, él gruñó.

—¿Qué está pasando? ¿Tú y Luke no se llevan bien?

—¿Lo notaste? —preguntó Bianca mientras colocaba un último electrodo en su pantorrilla. El sistema parecía complicado por fuera, pero tenía sentido cuando Bianca lo desarrolló con la ayuda de un cliente de Colorado Springs. Cuando te esfuerzas por asegurarte de que el gato atigrado de un especialista en fuerza y acondicionamiento del equipo olímpico de EE. UU. reciba la mejor atención, cosechas beneficios.

—Sé que es un poco extraño, pero estoy agradecido por todo lo que ustedes dos están haciendo —dijo Reed. Bianca conectó los cables a la máquina EMS, gruñendo mientras la encendía. Los músculos de Reed comenzaron a contraerse, su rodilla protegida por estar bloqueada en su lugar con el yeso. Eso iba a cambiar cuando le pusieran un yeso para caminar, pero Bianca también estaba preparada para eso. Reed gruñó—. ¿Qué dijiste que estaba haciendo esto?

—Como hacer un entrenamiento completo de piernas en diez minutos, al menos según el experto que preparó este programa para mí —dijo Bianca—. No es tan bueno como que realmente muevas el trasero y vayas a caminar o hagas sentadillas, pero es un comienzo.

—¿Por qué no... Luke, ¿qué pasa?

Bianca giró la cabeza sobre su hombro para ver a Luke parado en el pasillo entre el comedor y la sala de estar, con su gorra de béisbol en la mano. Rara vez entraba en la casa excepto al área de la cocina, Bianca sospechaba que para evitar ensuciar el interior.

—La vaca 1173 —dijo Luke, con voz temblorosa—. Su parto ha comenzado, pero algo anda mal.

—¿Qué es? —preguntó Bianca preocupada, y Luke tragó saliva. Nunca lo había visto tan alterado como ahora, y la tenía nerviosa—. ¿Qué?

—El ternero está atascado, no estoy seguro exactamente cómo —dijo Luke, y Bianca se puso de pie de un salto—. ¿Tú...?

—He trabajado en estos antes —respondió Bianca, olvidando toda su ira con Luke mientras su entrenamiento entraba en acción—. Aquí en el rancho y durante la escuela de veterinaria. ¿Tienes las cadenas listas?

Luke asintió. Era casi medieval, el uso de lo que parecían cadenas de eslabones planos para ayudar a sacar a un ternero de su madre. Pero era efectivo, y Bianca las había usado numerosas veces para salvar la vida de una vaca.

—Hervidas en aceite mineral tal como deben estar.

—Termina tu entrenamiento, Luke y yo nos encargaremos de esto —le dijo Bianca a su padre mientras seguía a Luke al establo.

No estaba vestida para atender un parto, llevaba una de sus mejores camisetas y un cómodo pantalón de yoga para estar en casa. No importaba, y el fresco aire nocturno tampoco importaba mientras corrían hacia el establo, donde Bianca encontró a la vaca en el corral de partos, mugiendo de dolor.

—Este es su tercer ternero —dijo Luke mientras cerraban la puerta del corral de partos y se acercaban a la vaca—. Viene de una línea grande, y fue apareada con nuestro toro más grande y musculoso.

—Así que esperabas un parto difícil —dijo Bianca, y Luke asintió —. Déjame examinarla.

Trabajó rápidamente, comenzando con un examen exterior que empezó a revelar el problema.

—Fuiste inteligente al decir algo. Creo que la cabeza está girada.

—¿La cabeza está girada? —siseó Luke con frustración, y Bianca asintió—. ¿Presentación anterior?

—Sí. —Se levantó—. Necesito ver si el ternero también está en postura de perro sentado. Si ese es el caso... —Sacudió la cabeza. Un problema a la vez—. Necesito lavarme, ¿hay jabón en el fregadero?

—Está listo. —Luke se quedó junto a la vaca—. ¿Necesitas que yo también me lave?

—No. No hay suficiente espacio en la vaca. Mantenla tranquila, y realmente necesito que me asistas. Voy a hacer todo lo posible para salvar a este bebé.

Luke asintió, y ella se apresuró. El agua en el fregadero estaba fría, directamente del pozo y entumecedoramente helada, pero combinada con el jabón líquido de la bomba junto al fregadero, cumplió su función. Regresó un minuto después, sacudiendo sus brazos helados para secarlos y poniéndose directamente a trabajar.

—Y esta... es la parte asquerosa —se recordó Bianca mientras deslizaba una mano en el canal de parto de la vaca. Hizo un sonido de chapoteo, pero afortunadamente la vaca no se sacudió ni protestó. Ya estaba con demasiado dolor, y probablemente ni siquiera notó una intrusión relativamente pequeña en su cuerpo—. Mantenla quieta.

—Lo haré. —Luke la observaba intensamente. Su voz era diferente, totalmente profesional y llena de preocupación por la vaca.

Tranquilizada, Bianca alcanzó más adentro, recordando una vez más por qué prefería trabajar con perros o gatos en lugar de ganado. Nunca tuvo que meter el brazo hasta el codo en el cuerpo de un perro cuando trabajaba en la clínica en casa.

Pero esta vaca estaba sufriendo, y ella podía ayudarla. Eso valía la pena una exploración profunda en el cuerpo de una vaca.

—Bien, siento las patas delanteras —dijo Bianca mientras encontraba al ternero dentro del cuerpo de la madre—, y... sí, es un cuello torcido. Pasando mi mano... tenemos suerte, las patas traseras están en la posición correcta. Puedo... wow, tranquila, mamá.

El útero de la vaca se contrajo, y ella pudo sentir cómo empujaban al ternero. Mamá estaba lista para deshacerse del pequeño parásito peludo que había estado creciendo dentro de ella durante meses, sin importar qué. Pero eso no podía suceder desde esta posición, no si el ternero iba a sobrevivir.

La sensación de tener su brazo atrapado dentro del útero en contracción era algo que Bianca nunca había sentido antes, y después de que pasó, tomó una respiración profunda.

—Bien, de vuelta a ello. Lo siento, bebé, pero voy a tener que empujar. Afortunadamente, Mamá está completamente... ugh... dilatada.

—¿Qué necesitas? —preguntó Luke, haciendo una mueca mientras Bianca metía su brazo izquierdo en la vaca. Con ambos brazos, la vaca estaba estirada hasta casi sentir dolor, pero había poco más que ella pudiera hacer por ella. Luke se mantuvo listo, una mano en el cuello de la vaca mientras la observaba—. ¿Cadenas?

—A su tiempo —gruñó Bianca mientras encontraba el pecho del ternero y empujaba tan fuerte como podía. Era demasiado pequeña, sin embargo, y sintió que la empujaban hacia atrás, sus pies resbalando en el heno—. ¡Ponte detrás de mí, apóyame!

Luke se movió, plantando sus manos en su espalda y sus pies contra el lado del corral. Era una roca, y trabajando juntos, Bianca lenta y dolorosamente empujó al ternero más profundamente en el cuerpo de la madre. A la vaca no le gustó, pero si iba a salvar a este ternero, Bianca tendría que trabajar rápidamente.

—Ahora la cabeza. —Hundió su brazo derecho hasta el hombro en la vaca. Encontrando la nariz del ternero, la enganchó y tiró, gruñendo con el esfuerzo. Luke era una roca detrás de ella, su cuerpo sólido mientras ella pivotaba y lo usaba como base para alinear la cabeza del ternero—. Solo un poco más. ¡Ahí!

Se retiró parcialmente, tomando las patas delanteras del ternero. Luke se mantuvo sólido detrás de ella, su voz más tranquila, reconfortante en su oído.

—¿Ahora qué?

—Creo que puedo ayudar sin las cadenas, tengo un agarre decente —dijo ella—. Pero quédate ahí, por si acaso.

A partir de ahí, las cosas se movieron rápidamente. Dos minutos después de volver a colocar la cabeza del ternero, sin la ayuda de las cadenas de parto y con un chapoteo húmedo, el ternero emergió al mundo. Cayendo en los brazos de Bianca, lo colocó sobre el heno, asegurándose de que las fosas nasales estuvieran despejadas y de que su vientre se moviera antes de apartarse y dejar que la madre hiciera lo suyo.

—Uf... ¡olvidé lo cansado que puede ser esto! —jadeó mientras se recostaba contra la pared del corral de partos, con los brazos temblorosos—. Pero tan asombroso.

—Lo son. —Luke miró a Bianca de una manera que no había visto antes. Con respeto y admiración—. Estuviste increíble.

Eso le calentó el estómago, y pudo sentir calor subiendo a sus mejillas.

—Tú también podrías haberlo hecho.

Luke negó con la cabeza.

—No el cuello. He ayudado con partos, pero ¿desenredar el cuello? Eso es habilidad... realmente eres una buena veterinaria.

—Te lo dije. —Se limpió la frente sudorosa, manchándose con fluidos del parto—. Aun así, puaj.

—¿Es por eso que te mudaste? —preguntó Luke mientras se apoyaba contra la pared del corral junto a ella, tanto para descansar como para protegerla—. ¿Las vacas son más desordenadas que los perros?

—Eso fue parte —admitió ella—. Pero también... al crecer, quería tener mi propia clínica. Cuidar de los animales de una manera que los veterinarios de ganado realmente no pueden. Quiero decir, sabemos dónde va a terminar este ternero en dos o tres años.

—En la hamburguesa de alguien —susurró Luke, y Bianca asintió —. Lo sé. Pero la ganadería ayuda, al menos en mi caso. Aquí, puedo comer filete. Creciendo, no podía.

—¿No? —preguntó Bianca, y Luke asintió—. ¿Por qué no?

Luke bufó sin alegría.

—Eso es lo que sucede cuando creces sin familia, dependiendo del sistema. Carne barata para hamburguesas sí, filete no.

—Espera, ¿eres... qué? ¿Un niño de acogida? ¿Un huérfano? —preguntó Bianca, y Luke asintió—. ¿Un huérfano?

—Desde los siete años —respondió Luke. Viéndose repentinamente tímido, obviamente no cómodo compartiendo tanta información personal, se aclaró la garganta—. Mira, ah... este heno puede reemplazarse mañana. La vaca ciertamente no va a importarle. Estás hecha un desastre, ¿por qué no te das una ducha caliente, y me aseguraré de que la mamá y su bebé estén bien antes de ir a cenar?

—Yo... está bien. —Bianca se puso de pie con cierto esfuerzo. Mirando su camisa, se rió sombríamente, viendo su camiseta ahora arruinada—. Supongo que ahora es una camisa de trabajo, ¿eh?

—Más que probable.

—Ah, bueno. Solo una camisa —dijo Bianca. Deteniéndose junto a Luke, añadió—: Gracias. Por confiar en mí y por ayudarme.

—Gracias a ti —respondió Luke—. Por estar aquí. De verdad.

Bianca quería decir más, pero cuando nada salió, se aclaró la garganta y salió del corral. Dirigiéndose de regreso a la casa, vio que el crepúsculo se había convertido en noche cerrada, y que el cielo estaba iluminado con una luna a medio llenar y diez mil puntos de luz de las estrellas.

No había nada como un paisaje nocturno de las Montañas Rocosas.

Bianca miró hacia arriba y sonrió suavemente para sí misma. Así que por eso tenía problemas de confianza. Tenía sentido.

Tal vez, solo tal vez, pensó, Luke Swenson no es tan mal tipo después de todo.

LUKE

Los músculos de la espalda de Luke dolían, y sus hombros, que podían lanzar pacas de heno todo el día sin un solo pinchazo, se sentían como si estuvieran en llamas mientras se lavaba las manos en el fregadero al final del granero, bajo la tenue luz que se filtraba desde las luces eléctricas que cortaban la penumbra del anochecer. Como casi todos los días, cuando la noche llegaba al rancho Reynolds Iron, lo hacía como un trueno. El atardecer duraba apenas minutos, y el crepúsculo no era mucho más largo antes de que las montañas distantes cortaran toda la luz solar.

Había sido un día de trabajo muy largo, pero finalmente las cosas estaban tomando forma para el resto de la temporada. Claro, todavía quedaban algunos terneros de primavera por nacer, pero excepto por una vieja vaca, no nacerían hasta los últimos días de la temporada de partos primaverales.

Pero con la expansión tan grande del rebaño, las cosas se estaban calmando, y las preocupaciones de Luke comenzaban a disminuir. Con los últimos trabajadores de verano a punto de incorporarse, todo volvía a la normalidad, dándole tiempo libre extra. Claro, lo normal era una semana laboral que empezaba en cincuenta horas, pero ya estaba acostumbrado. Al menos podría tomarse dos días libres seguidos.

Aunque sabía lo que seguiría haciendo durante esos dos días, y no estaba seguro si le gustaba esa idea. Pero no había mucho que discutir con nadie en ese momento.

—Hola.

Luke se dio la vuelta y vio acercarse a Bianca. Parecía tan agotada como él se sentía, y cuando se acercó más, pudo ver las ojeras bajo sus ojos. Estaba exhausta. —¿Todo bien?

—¿Eh? —preguntó ella antes de asentir lentamente—. Sí. Papá acaba de terminar su ejercicio de rehabilitación y tiene su cena en la bandeja a su lado. Pero eché un vistazo a esa caja de... cosas de microondas y no pude.

—No eres muy cocinera, ¿eh? —preguntó Luke, y Bianca negó con la cabeza.

—Demasiado cansada. Sé cocinar, pero la mayoría de las noches he estado haciendo comidas de microondas y sándwiches. Honestamente, estoy harta de ambos.

—¿Qué tal una cena fuera entonces? —preguntó Luke—. Diría el Rockaway Diner, pero cerró el año pasado.

—¿El restaurante cerró? —dijo Bianca sorprendida, haciendo un puchero que la hizo parecer... linda.

Luke todavía estaba asimilando ese tipo de pensamientos sobre Bianca, pero desde que el hielo se rompió entre ellos durante el parto del ternero al que ambos habían apodado Twisty, no había podido evitar mirarla de manera diferente. No solo era una buena trabajadora, no solo era inteligente con los animales, también era absolutamente hermosa. Era bella de una manera que hacía que Luke quisiera verla más.

Por supuesto, no trabajaban juntos cada minuto del día. Él pasaba gran parte de su tiempo supervisando a los trabajadores contratados, asegurándose de que la gente hiciera su trabajo. Una cosa era inmutablemente cierta sobre los peones de rancho: si podían hacer un día de ocho horas con un trabajo de cuatro horas, lo harían. Especialmente durante el buen tiempo, del cual el rancho había disfrutado una larga racha.

Bianca se quedaba más cerca del granero, revisando los terneros, asegurándose de que la próxima generación del rebaño fuera fuerte. Con cientos de terneros que cuidar, eso ya era mucho trabajo en sí mismo, pero ella lo había asumido bien, además de supervisar la rehabilitación de su padre.

Pero eso le pesaba, y estaba cansada... aunque seguía siendo muy guapa.

—Sí, el restaurante cerró —respondió Luke con un poco de tristeza—. Pero si te apetece, el Golden Pavilion cerca del pueblo sigue abierto. Diría algún lugar más elegante, pero la verdad es que no creo que en ningún sitio más elegante me dejarían entrar oliendo como huelo.

Bianca levantó la nariz y olfateó, haciéndole sonreír. La verdad era que, después de un día de duro trabajo, probablemente ambos olían más que un poco a lo que salía por la parte trasera de una vaca. Pero ninguno de los dos lo iba a notar después de estar rodeados de ello durante las últimas diez horas.

—¿Qué tal si voy a ponerme una camisa limpia, tú te lavas un poco, y asaltamos el bufé del Pavilion? —ofreció Bianca—. Me apetecen dos o tres de esos pudines de leche de almendra que ofrecen. Todavía los tienen, ¿verdad?

—Son el mejor bufé asiático de relación calidad-precio en toda el área de Pueblo, claro que los tienen —dijo Luke—. ¿Te importa si uso el fregadero del cuarto de lavado para lavarme en lugar del granero?

Bianca se rió y asintió. —Mientras no te importe otra camiseta mona. Todas mis camisas normales están en la lavadora y no estarán secas hasta mañana.

—Entonces estoy deseando ver algo lindo —le aseguró Luke.

La siguió hasta la casa, donde se lavó en el cuarto de lavado, escuchando el golpeteo de la secadora mientras usaba su camisa empapada de sudor como trapo antes de enjuagarla en el fregadero industrial. Estaba a tres cuartos cuando el sonido de una muleta lo interrumpió. Reed Reynolds estaba en la puerta, su pierna rota todavía en su yeso, pero al menos capaz de soportar algo de peso. —Jefe.

—Bianca dice que ustedes dos van a salir esta noche —la voz de Reed era pareja. Este no era Reed Reynolds el jefe, era Reed Reynolds el padre—. Sé dulce con ella, ¿me oyes?

—Lo seré —respondió Luke, sin molestarse en corregir a Reed sobre las intenciones de su cena. Se sorprendió cuando Reed sacó

una camisa de detrás de su espalda y se la lanzó a Luke, quien la atrapó al vuelo—. Gracias.

—Tráela de vuelta lavada —dijo Reed antes de darse la vuelta y regresar cojeando hacia la sala de estar. Luke miró, era una camiseta azul marino lisa con un bolsillo en el pecho izquierdo, el tipo de cosa que un hombre de la edad de Reed podría usar. Al ponérsela por la cabeza, Luke notó que le quedaba un poco apretada en los hombros y en los brazos, pero el largo estaba bien y la cintura era lo suficientemente holgada como para decidir meter la camisa por dentro. No era perfecto, sus vaqueros todavía estaban cubiertos de polvo, pero era mucho mejor de lo que había sido.

Justo cuando terminaba, salió Bianca, dejándolo sin aliento. —Te cambiaste.

Era preciosa. Era atlética. Podía trabajar tan duro como cualquiera de los trabajadores del rancho. Había visto cómo se flexionaba su espalda cuando manipulaba bolsas de pienso, o cómo empujaba con las caderas cuando limpiaba el canal de estiércol en el granero. Tenía una deliciosa mezcla de músculos y curvas que se lucía bien cuando trabajaba.

Pero había olvidado lo impresionante que se veía todo ese atletismo femenino cuando estaba ligeramente arreglado y tenía ese pequeño toque de algo especial que hacía que las mujeres fueran tan absolutamente deliciosas a los ojos de Luke. Tal vez eran los tirantes finos de su top, que le permitían ver un poco de curva que le dejó la boca seca. O tal vez era el toque de maquillaje que se había aplicado rápidamente, principalmente un color claro en las mejillas y un poco de carmín en los labios. Tal vez era la falda que se había puesto, una cosa blanca, fluida, educada pero bonita que se detenía a una pulgada de sus bonitas rodillas.

No lo sabía, pero en ese momento, Luke Swenson juraría que Bianca Reynolds era la mujer más bonita de todo el mundo, y él era el hombre más afortunado del planeta por llevarla a un bufé barato de cocina asiática.

—Yo, eh —tartamudeó antes de aclararse la garganta—, tu padre me la ofreció. Supongo que pensó que un enjuague rápido de mi camisa de trabajo en el fregadero no sería suficiente.

—¡Gracias, papá! —gritó Bianca por encima del hombro antes de bajar los dos escalones de concreto hacia el lavadero—. ¿Listo, entonces?

—Si me das unos segundos en mi camioneta para rociarme un poco, sí —dijo Luke—. Guardo una lata de repuesto de spray corporal en mi consola para cuando pueda necesitar pasar por la tienda después del trabajo.

—Hombre inteligente.

Quince minutos después, llegaron al pequeño centro comercial que estaba en el borde de Pueblo propiamente dicho, ambos hambrientos pero repentinamente tímidos.

—Uhm —Bianca miró los cincuenta platos del festín extendidos en las mesas de vapor contra la pared del restaurante—. ¿Te importa si soy un poco desordenada mientras comemos?

—Cariño, no me importa si empiezas a amontonar comida con ambas manos. Después de las semanas que hemos tenido, ambos merecemos soltarnos el pelo y simplemente relajarnos. Y no me hará pensar menos de ti. En serio.

—Bueno, entonces, supongo que deberíamos simplemente disfrutar —dijo Bianca, haciendo que Luke sonriera con alivio—. Nos vemos aquí en cinco minutos con el plato número uno.

A Luke le llevó menos tiempo, pero eso fue porque sabía lo que quería, y lo tenía localizado. Cuando Bianca regresó, su plato lleno de arroz frito y brochetas de pollo, hizo una doble toma antes de reírse. —Sacándole provecho a tu dinero, ¿eh?

—Exactamente —respondió Luke mientras tomaba su tenedor y pinchaba un camarón frito—. Creciendo, lugares como este me enseñaron la economía de salir a comer. ¿Ese tercio de plato de arroz que tienes? Probablemente les costó un dólar hacerlo, pero llenará la mitad de tu estómago. Mientras tanto, estos camarones... quizás llegue al costo de la cena si me atengo a cosas como esta — extendió un tenedor y pinchó otro camarón. Girándolo de un lado a otro, consideró el objeto pochado en mantequilla con tristeza y orgullo—. Ya sé que parezco un tacaño. Pero sigue siendo un hábito.

—Has mencionado algo antes, sobre cómo creciste —dijo Bianca —. ¿Perdiste a tus padres a los siete años?

—Perdí a mi madre —corrigió Luke—. Desde el principio, mi padre no estaba en el panorama. Mi madre era una de esas chicas que verías en Maury Povich en aquella época. 'No eres el padre' y todo eso. Mi certificado de nacimiento ni siquiera tiene un nombre allí, solo esas infames iniciales, DESC.

—Desconocido —dijo Bianca, y Luke asintió—. Luke, tú... lo siento si...

—Está bien, considerando lo imbécil que fui contigo esa primera semana —dijo Luke—. De todos modos, después de que mi madre muriera, me pusieron en el sistema. Pero siete años es una edad difícil. La mayoría de los potenciales adoptantes quieren un bebé, tal vez un niño pequeño. Hay algunos que quieren un niño que ya no use pañales, pero lo suficientemente joven como para identificarse con sus 'nuevos' padres más adelante. Sobre todo, quieren un niño que en el futuro solo piense en 'Mamá' y 'Papá' como un conjunto específico de personas. Pero a los siete años y más, eres básicamente solo un engranaje en la máquina. Sabemos que incluso si nos adoptan, fuimos rechazados en algún momento. Nos quitaron... Fuimos... bueno, muchas cosas. Así que no nos adoptan, la mayoría de las veces. Tuve tres hogares de acogida diferentes a lo largo de los años, lo cual no estuvo tan mal. Cada uno de ellos eran gente decente, nada realmente digno de una película de Hallmark ni nada. El dinero siempre era escaso, sin embargo.

—Así que desarrollaste una alimentación estratégica.

Luke asintió. —Veníamos a un lugar como este tal vez una vez a la semana, o si tenía un trabajo de verano como adolescente, venía por mi cuenta. Entraba, dejaba mis quince dólares en el mostrador y me ponía a trabajar —se rió, sacudiendo la cabeza ante los viejos recuerdos—. Parecía uno de esos tipos que ves en Internet, ¿los mukbangers? O ese tipo que come perritos calientes a toda velocidad.

—¿Es por eso que te metiste en la ganadería? —preguntó Bianca —. Mencionaste bistecs. ¿Pensaste que conseguirías algunos bistecs gratis?

Luke resopló. —No, sabía que los ranchos generalmente no procesan animales en el sitio. Salí del programa. Cumplí dieciocho en

mi último año de secundaria, y mis padres de acogida en ese momento fueron claros. Me dejarían quedarme para terminar mi título, pero tenía que pagar el alquiler. Tenía muy pocas opciones. No practiqué deportes en la secundaria, estaba demasiado ocupado tratando de mantener un trabajo a tiempo parcial. No había forma en el mundo de que fuera a la universidad, ni siquiera a un lugar local como CSU. Tenía notas decentes, pero nada que me consiguiera una beca completa, y no podía calificar para préstamos estudiantiles sin alguien dispuesto a firmar por mí. Así que empecé a contactar con los lugares donde había trabajado. Resulta que la mayoría de lugares que quieren contratar a un chico de secundaria por veinte horas a la semana, solo quieren chicos de secundaria a veinte horas a la semana.

—Recuerdo esos lugares —dijo Bianca. Cuando Luke le dio una mirada, ella sonrió—. ¿Qué? Sí, mi padre me ayudó a entrar en la escuela de veterinaria. Pero hasta que estuve lista para una pasantía, todavía tenía que llegar a fin de mes de alguna manera. Estás mirando a la mejor repartidora de comida en bicicleta de todo Colorado Springs, dos trimestres consecutivos.

—Así que de ahí vienen esas piernas —observó Luke antes de poder contenerse. Bajó la mirada, metiéndose un camarón en la boca—. Lo siento.

—Está bien, y gracias —dijo Bianca. Luke volvió a mirar y vio que Bianca estaba siendo honesta—. Entonces, ¿empezaste a trabajar en el rancho?

—Había pasado un verano trabajando para el zoológico de mascotas más adentro del pueblo, y me indicaron la dirección del Reynolds Iron —explicó Luke—. Tu padre me contrató a tiempo completo por una temporada y, lo mejor de todo, me dejó alojarme en la habitación de repuesto del granero. Tuve que limpiarla un poco, pero pude colocar un catre allí, y no estaba tan polvorienta como ahora. También pude usar la camioneta del rancho por motivos personales, siempre y cuando la llenara de gasolina. Trabajé duro, y una temporada se convirtió en un trabajo regular, y luego, un par de años después, me convirtió en su mano derecha.

—Sabes, es extraño escuchar tu historia de tu tiempo en el rancho —dijo Bianca—. No estuve por aquí durante nada de esto. Empezaste, ¿qué, el verano que me fui a la universidad?

—Creo que sí —dijo Luke—. Tengo que preguntar, ¿por qué te mantuviste alejada tanto tiempo? Te cae bien tu viejo, eso puedo verlo.

—Probablemente —dijo una voz profunda, interrumpiéndolos—, porque no quería que su corazoncito se rompiera una y otra vez todo el verano en los Rockaways.

Luke miró y vio acercarse a un hombre de pelo negro. Bianca claramente lo reconoció, su labio inferior temblando. —Ha pasado mucho tiempo, Gunner. Gunner White, Luke Swenson. Luke, Gunner. Mi novio del último año de secundaria.

—Hasta que me espabilé y me di cuenta de que solo me estabas dando largas —Gunner se rio y miró a Luke, sonriendo con suficiencia—. ¿Te está haciendo lo mismo, tío? Toma el consejo de alguien que sabe, sal mientras puedas, porque esta no pasa de primera base.

—Así que me dejaste por Brittany Loudermilk —dijo Bianca—. ¿Y?

—Y ahora estoy ganando seis cifras, mientras que tú, ¿qué, volviendo aquí para cuidar de algunos cachorros? —preguntó Gunner —. Tengo...

Luke se puso de pie, cuatro pulgadas más alto que Gunner, con su mandíbula dura como una roca. —Tío, no me importa si estás ganando a nivel de los Denver Broncos, si sigues con esta falta de respeto hacia Bianca, te voy a romper y sacarte a rastras de este restaurante hasta que cualquier amigo o chica ante los que estés intentando lucirte sepa que no eres más que un caballo castrado. ¿Me entiendes?

Luke miró fijamente un par de ojos grises, esperando la respuesta de Gunner.

Tenía un nombre estúpido de todos modos.

BIANCA

Bianca estaba sentada en el asiento del copiloto de la camioneta de Luke, aturdida por los últimos veinte minutos. Cuando Gunner había interrumpido su conversación con Luke, sabía que iba a ser problemático. Había sido una ruptura fea y llena de ira. Aunque a él le gustaba afirmar que la había dejado, ella había sido quien descubrió que la estaba engañando con Brittney Loudermilk. Lo había descubierto ella misma, algo que le había roto el corazón.

No había influido en la decisión de Bianca de irse del pueblo y estudiar en Colorado Springs, pero tampoco la animaba a volver a casa los fines de semana libres.

Y Luke, el tipo que pasó una semana prácticamente mirándola con odio, un hombre que durante la mayor parte de su primera semana en el rancho parecía querer sumergirla en el abrevadero de los caballos cada vez que tenían otra discusión, había salido inmediatamente en su defensa cuando Gunner intentó hurgar en esa vieja herida. Las cosas se habían puesto tensas, pero al final Gunner cedió, murmurando algo que era pero no era una disculpa antes de dejarlos solos. De cualquier manera, había arruinado la cena, y aunque intentaron terminar sus platos, al final el apetito de Bianca no fue suficiente, y su plato estaba apenas medio vacío cuando se levantaron para irse.

—Lamento que eso haya pasado —Luke encendió el motor—. ¿Quieres ir a otro lugar?

—Solo a casa —murmuró ella, y Luke asintió, sin criticar en absoluto sus sentimientos. En su lugar, condujo, volviendo a la carretera y el camino de regreso a los Rockaways. Justo antes de tomar la carretera, ella habló—. No me fui del pueblo por él.

—Lo imaginé —dijo Luke—. Eres demasiado fuerte para que ese comadreja te haga huir del pueblo.

El cumplido de Luke la reconfortó, y de repente se encontró hablando, su mente fluyendo libremente, divagando en una corriente de conciencia.

—Cuando era niña, no me gustaba que las vacas tuvieran que morir para que pudiéramos comer una hamburguesa —agitó las manos—. Lo superé, quiero decir, entiendo que no hay un verdadero terreno moral elevado a pesar de lo que los veganos o la asociación de ganaderos quieran afirmar mientras se gritan unos a otros. Es moralmente neutral. Somos omnívoros. Los humanos, quiero decir. Pero quería convertirme en veterinaria porque quería que las vacas al menos vivieran bien mientras estuvieran vivas. Luego mi madre murió, y me di cuenta de lo pequeños que son los Rockaways. El mismo grupo de chicos, pasando el rato en el mismo estúpido estacionamiento del centro comercial día tras día, año tras año. La gente cuyas vidas enteras consisten en esas tontas tiendas. Simplemente... no quería vivir así. ¿Lo entiendes?

—Más o menos.

—No estoy tratando de sonar presumida ni nada, pero la idea de que un buen día sea encontrar un asado bien veteado en la tienda, o que los jeans estén en oferta, me tenía... No quería quedarme atrapada —dijo—. Quería aprender un poco más sobre el mundo, ver si había algo más allá de los Rockaways que yo quisiera. Así que me fui. Pero ahora estoy de vuelta, y hay cosas que me gustan del rancho. Es como, ¿por qué no puedo tener lo grande y lo pequeño juntos? ¿Es demasiado pedir tener eso sin ser multimillonaria o algo así?

Luke se rio entre dientes y tamborileó con los dedos sobre el volante.

—No lo sé. Pero sí sé lo que es querer algo.

Regresaron al Reynolds Iron, y Luke estacionó, rodeando el vehículo para abrirle la puerta como un caballero. Bianca no le dio mucha importancia, él era educado la mayor parte del tiempo una vez que habían roto el hielo entre ellos. Ella bajó, y él cerró la puerta de su camioneta.

—Sé que esto fue extraño, pero gra...

Sus palabras fueron interrumpidas cuando Luke la alcanzó, girándola antes de atraerla hacia él. En la tenue luz que se filtraba desde el cielo, ella pudo ver la expresión en su rostro, el deseo en sus ojos.

Sé lo que es querer algo.

Él le acunó la mandíbula, su pulgar áspero y calloso rozando sus labios una vez, casi como una advertencia, antes de bajar su boca a la de ella y besarla.

Nunca la habían besado como lo hizo Luke. Era cálido, fuerte, apasionado pero contenido. En su tacto ella se sintió total y completamente deseada mientras que al mismo tiempo totalmente respetada. Sus labios presionaban contra los de ella con fuerza, queriendo entrar pero sin exigirlo. Cuando ella se abrió a él, su lengua tocó la suya y se aferraron el uno al otro casi magnéticamente, incapaces de permitir siquiera un susurro de aire entre ellos. Su corazón se hinchó, y su estómago se agitó, y cuando la necesidad básica de oxígeno los obligó a separarse, su cuerpo estaba en llamas.

—La próxima vez me lavaré bien —Luke dio un paso atrás—. Te veré mañana, Bianca.

Sin esperar su respuesta, se dio la vuelta y regresó a su camioneta, y se marchó. Ella se quedó donde estaba, clavada al suelo en total incredulidad por lo que acababa de suceder.

Lo que acababa de hacer. Porque sin mentir, cuando Luke la buscó, ella fue voluntariamente. Pero, ¿por qué?

—¿Bee?

Bianca parpadeó y se volvió para ver a su padre en la puerta de la casa, perfilado contra la luz interior.

—Eh, hola papá. Luke acaba de dejarme.

—Oh, está bien. ¿Cómo estuvo la cena?

—Bien, bien —dijo Bianca demasiado rápido. Buscando una mentira aceptable, añadió—: Papá, si no te importa, comí mucho. Fuimos al Golden Pavilion, ya sabes cómo es ese lugar. Creo que caminaré hasta la puerta y regresaré antes de entrar.

—Claro, cariño. Si te animas, ¿qué tal una película después? Hay una nueva película de Netflix que he querido ver.

—Suena bien, papá. Oye, ¿puedes poner agua en la tetera, por favor? Parece una noche para té de hierbas.

—Por supuesto, Bee. Camina con cuidado, aún no te has acostumbrado de nuevo a la oscuridad del campo —dijo su padre antes de volver a entrar.

Dejó la puerta abierta, y Bianca observó el rectángulo brillante durante unos segundos antes de darse la vuelta y caminar por el camino de tierra hacia la puerta.

Estaba muy confundida. Hace unas semanas, no quería hacer nada más que volver a su clínica, su apartamento y su vida en Colorado Springs lo antes posible. Después de todo, solo había venido para ayudar a su padre.

Pero mientras caminaba, se preguntó si tal vez quedarse más tiempo no sería tan malo. Claro, los Rockaways no eran una gran ciudad. Aunque, Colorado Springs tampoco era exactamente Manhattan. A pesar de ser el hogar del Centro de Entrenamiento Olímpico y la Academia de la Fuerza Aérea, seguía siendo el tipo de ciudad que cerraba por la noche a las diez en la mayoría de los lugares. Y si era totalmente honesta, no era como si recibir un pedido de Amazon en el rancho fuera más difícil que recibir un pedido en su lugar en Colorado Springs.

Y el Reynolds Iron tenía a Luke. Luke, con su pecho ancho, mandíbula dura como una roca, bíceps que parecían pelotas de béisbol bajo su camisa de trabajo, ojos más azules que el cielo de verano, y que podía sacarle el alma a besos aparentemente sin problemas.

Luke, que había superado tanto. Una vida sin saber si estaba seguro, protegido o amado. Un hombre que había tenido que construir toda su vida con su propio trabajo duro. No era de extrañar que al principio hubiera estado a la defensiva. Sin embargo, a pesar

de eso, tenía un buen corazón. Se preocupaba por los animales, se preocupaba por las personas que trabajaban en el rancho, y se preocupaba por hacer las cosas de la manera correcta.

Y a ella le importaba él.

¿Lo amaba? No lo sabía. Nunca había sido el tipo de chica que simplemente se "enamoraba" en un abrir y cerrar de ojos, especialmente desde Gunner y su traición. Siempre había estado tan ocupada, tan dispuesta a dar amor y afecto a cada pequeña bolita de amor peluda que entraba en su consultorio. Incluso a las que tenían plumas o escamas, aunque las tortugas no eran las mejores para los abrazos.

Sin embargo, Luke ya la había afectado profundamente.

Bianca llegó a la puerta y la tocó con una mano ligeramente temblorosa.

¿Se estaba enamorando de Luke Swenson?

Y si era así, ¿qué significaba eso para su futuro?

LUKE

Luke se sentía un poco extraño acercándose a la casa tan temprano en la mañana para algo que no fuera trabajo. Pero cuando recibió el mensaje de texto de Bianca la noche anterior, había aceptado su invitación a desayunar rápidamente. Claro, era un retraso en el inicio de su jornada laboral, pero el calor del verano aún no se había instalado, así que trabajar antes de que el sol comenzara a freírle el cerebro no iba a ser un problema.

Oliendo su axila, asintió para sí mismo. La noche anterior, se había sentido incómodo oliendo como un vestuario de adolescentes y con los jeans sucios y endurecidos de la cintura para abajo. Ahora estaba mucho más cómodo con unos vaqueros limpios, aunque no elegantes, y una camiseta verde fresca que serviría como camiseta interior una vez que comenzara el trabajo.

Al llamar a la puerta, su corazón dio un vuelco cuando apareció Bianca, con una sonrisa iluminando su rostro mientras se acercaba. Ella también estaba bien vestida, con el pelo recogido y el rostro abierto y hermoso. Llevaba solo un toque de brillo labial, algo que él apreciaba. Nunca fue partidario de mucho maquillaje, y Bianca era tan naturalmente guapa que no lo necesitaba.

—Hola —ella le abrió la puerta mosquitera—. ¿Cómo dormiste?

—Estuve dando vueltas toda la noche —admitió Luke—. Una parte de mí deseaba no ser un buen tipo y haber insistido por más anoche. ¿Y tú?

—Lo mismo, pero me alegra que no seas un chico malo —dijo ella—. Superé esa fase hace una década.

—Eso es bueno, porque yo también he terminado con esas cosas —Luke se movió un poco nervioso—. Supongo que necesitamos hablar de eso, ¿no?

—Entre otras cosas —asintió Bianca—. Creo que la conversación irá mejor con unos gofres, huevos y salchichas.

—¿No hay tocino? —bromeó Luke.

—Lo siento, el tocino es para el desayuno número dos —Bianca lo provocó—. Pero saqué el buen café para ti. Papá no lo consigue a menos que esté haciendo su rehabilitación.

—¿Así es como haces las cosas, eh? —Luke bromeó, relajándose —. Entonces si llego y tienes pastel de chocolate y bistec empanado listo, sabré que hice las cosas bien, ¿verdad?

—Algo así. Como te dije, sé cocinar, solo he estado tan cansada que no ha sido gratificante de ninguna manera. Vamos, siéntate. Papá se está preparando para el día, pero probablemente tardará unos minutos más.

Luke entró, con el corazón martilleando en su pecho. El comentario de Bianca lo hacía oficial, aunque supuso que debería haber quedado claro tan pronto como ella le envió el mensaje. Estaba dispuesta a "revelar" su beso, lo que significaba que con suerte estaría dispuesta a hablar sobre una relación.

Y él también estaba listo para hablar de eso. Ella se acercaba al final de su mes en el pueblo, y su vida en Colorado Springs la llamaba. Claro, no estaba tan lejos, una hora de viaje en un día malo. Él podría salir del trabajo a las cinco y encontrarse con ella para una cita a las seis y media si se preparaba para ello.

No sería lo mismo, pero eso no significaba que no fuera a ser bueno. Incluso podría ser mejor, dándoles cosas de qué hablar ya que no compartirían horas de trabajo juntos a diario.

Había mucho potencial, un potencial que Luke estaba feliz de discutir y explorar.

Siguiendo a Bianca a la cocina, se conmovió cuando vio que ella había puesto dos lugares en la pequeña mesa de comedor que ocupaba lo que se suponía que era el área del comedor pero que en

realidad era solo un rincón de desayuno sobredimensionado. La verdad era que, aunque el Reynolds Iron valiera mucho dinero, eso era solo por el valor de la tierra. La casa del rancho en sí era en realidad muy humilde en comparación.

Durante mucho tiempo, había sido parte de la razón por la que a Luke le gustaba trabajar allí. Los Reynolds no eran pretenciosos.

Pero eso fue antes de que comenzaran los rumores. Sin embargo, Bianca no era esos rumores, y mientras Luke se servía una taza de café, se sentía bien. —Así que, antes de que llegue tu viejo, estaba pensando que deberíamos...

—Ah, pero el viejo ya está aquí —dijo Reed mientras entraba a la cocina. Ahora usaba solo una muleta, su pierna podía soportar más peso después de un mes de descanso y rehabilitación. También parecía bien descansado, y estaba claro que la ayuda de Bianca le había sentado bien. Estaba un poco más delgado, su barriga de mediana edad era la mitad del tamaño que solía ser, y sus piernas por debajo del dobladillo de sus shorts y por encima de su yeso tenían más músculo que antes—. ¿Ustedes chicos parecen listos para extender la... cita de anoche?

—Algo así, papá —Bianca se sonrojó un poco—. Queríamos hablar contigo sobre eso, pero íbamos a discutirlo entre nosotros primero.

—Entonces los dejaré hacer eso, pero antes, quería darte algunas noticias —Reed miró a Bianca—. Hace unos seis meses, un promotor vino por el rancho, echando un vistazo. Quiere construir una nueva urbanización de lujo aquí al norte de Pueblo.

—No me contaste sobre eso —dijo Bianca, y Reed asintió.

El estómago de Luke dio un vuelco lento, sabía lo que venía.

—En ese momento, pensé que solo eran palabras. Los promotores han venido durante los últimos veinte años —explicó Reed, descartando su comentario con un gesto—. ¿Recuerdas a ese tonto que hablaba de arrasar el Centro Rockaway y convertirlo en la versión de Mall of America de Colorado? ¿Cómo quería llamar a esa monstruosidad?

—No lo recuerdo.

—De todos modos, nunca llegó a nada —dijo Reed—, y pensé que este tipo era igual. Hasta la semana pasada, cuando me envió una oferta con un contrato de terreno.

—¿Un contrato de terreno... para el rancho Reynolds Iron? —preguntó Bianca, atónita. Cuando Reed asintió, ella pareció confundida—. ¿Pero por qué? ¿Por qué siquiera considerarías vender este lugar?

—Porque me estoy haciendo mayor, Bianca —explicó Reed—. Y antes de que empieces, sí, sé que este rancho ha estado en la familia durante ciento cincuenta años. Pero es solo tierra. Tierra que necesita ser cuidada, tierra por la que hay que pagar impuestos, tierra que no se paga a sí misma sin día tras día de trabajo duro. Y las vacas no están hechas de oro.

—Vas a vender este lugar —susurró Luke, hirviendo por dentro. Los rumores, las preocupaciones que había tenido durante meses se estaban haciendo realidad.

Reed asintió. —Luke, el dinero que están ofreciendo es lo que llaman riqueza generacional. Puedo depositarlo en una cuenta de inversión regular y vivir un estilo de vida de clase media por el resto de mi vida. Puedo dejar eso a Bianca, que podría hacer lo mismo. O puedo reinvertirlo y no solo estar bien, sino ser rico.

—¿A quién le importa el dinero? ¿Qué hay de la tierra? —preguntó Luke—. ¿No lo entiendes? ¡La tierra! ¿Qué hay del rancho y los trabajadores?

—Mira, cualquiera que sea el contrato que se firme, quiero cuidar de ustedes también —dijo Reed rápidamente—. Les pagaré a todos por la temporada. Es bastante simple para mí. Bianca vive en la ciudad y no tiene interés en el rancho. Quiero poder ver a mis nietos cuando vengan, y no ser solo un viejo gruñón lleno de artritis mientras cuido vacas. Y te cuidaremos, lo prometo. Digamos, ¿un año de salario como indemnización?

Luke miró a Bianca, esperando que dijera algo. Que su padre estaba equivocado. Que no solo tenía interés en el rancho, sino que amaba el Reynolds Iron. Que quería quedarse.

Cualquier cosa, solo no vender el lugar.

Pero ella no lo hizo. Se quedó allí, mirando a su padre durante mucho tiempo en silencio.

Finalmente, Luke no pudo soportarlo más. —No se trata del maldito dinero —gruñó, poniéndose de pie y agarrando dos gofres y una salchicha de sus bandejas. Sus dedos se engancharon en el borde del plato al hacerlo, casi enviando las salchichas rodando por la mesa—. Creo que desayunaré afuera.

Sin otra palabra, se dio la vuelta y salió furioso, la puerta mosquitera repiqueteando detrás de él.

Ella no dijo nada.

Y eso lo llevó a preocuparse.

¿Estaba equivocado sobre ella?

¿Estaba equivocado al abrirse a ella?

BIANCA

—¿Qué demonios, papá? —preguntó Bianca, finalmente encontrando palabras después de que la puerta mosquitera se cerrara de golpe, rompiendo su parálisis mental—. ¿Has estado pensando en esto por cuánto tiempo y no me dijiste nada? He estado aquí casi un mes, ¿y nunca pensaste en mencionarlo como tema de conversación?

—¿De qué había que hablar, Bianca? —replicó papá—. Has dejado claro que te gusta tu vida en Colorado Springs. ¿Cuántas veces has vuelto a este rancho en diez años? ¿Una docena?

—Yo... tenía mis razones —aunque en ese momento esas razones no parecían muy importantes—. Pero esta casa, esta tierra, es nuestra familia.

—¿Y no crees que esta tierra tiene malos recuerdos precisamente por eso? —preguntó papá—. No lo sabes porque nunca te lo conté, pero recuerdo a tu abuelo azotándome el trasero con un cinturón tan fuerte que sangré a través de mi ropa interior al día siguiente. ¿Por qué? Porque cometí un error al encadenar a una vaca que había dado a luz, y terminaron sacrificándola. Una vaca, Bianca. ¡Ni siquiera se desperdició, nos la comimos! ¿Por qué crees que mandé derribar la antigua casa del rancho y construí una nueva cuando él murió?

Bianca tragó saliva, dolida pero no impactada por la revelación. Su abuelo había sido un hombre duro, producto de una generación que vivía según un código diferente. Conocía fragmentos, pero no

todo. Había muerto cuando ella era solo una bebé, y después de historias como esa, se alegraba de no tener ningún recuerdo de él. —Aquí es donde murió mamá, papá.

—Sí... conozco el árbol, niña —dijo papá—. Recuerdo haberla encontrado allí y llevarla a la casa porque era evidente que ya se había ido antes de que llamara a la ambulancia. No quiero ese recuerdo por más tiempo, Bianca. No quiero mirar a las vacas y que me recuerden cómo los ojos de mi propio padre estaban vacíos como los de una vaca muerta cuando me golpeaba una y otra vez. Claro, seguí adelante. Pero quiero terminar de seguir adelante.

—Papá, yo... —Las lágrimas amenazaban con brotar de las comisuras de sus ojos. Todavía estaba tratando de recuperar su equilibrio mental, y buscaba cualquier cosa para entender qué estaba pasando—. ¿Podrías no firmar el contrato de inmediato? ¿Por favor?

Papá asintió. —Esperaré hasta que vuelvas a Colorado Springs —dijo—. Lamento no habértelo dicho antes. Pero el fondo del asunto es que ya no quiero este rancho. Y lamento haber arruinado tus planes de desayuno. Iré a... hacer otra cosa.

Salió de la cocina, y Bianca se puso de pie, en conflicto. Una parte de ella quería ir con su padre, presionarlo más sobre su razonamiento, intentar hacerlo entrar en razón. ¿Dejar el rancho? Podía entender eso.

¿Pero venderlo? ¿Su decisión de explorar las opciones de la vida fuera de Rockaways lo había quemado tanto? Tenía que saberlo.

—¿Papá?

Él levantó la mirada desde su silla, con la mandíbula tensa. —Bianca, no tomé esta decisión a la ligera.

—Lo sé, papá, pero... todavía no entiendo —dijo ella—. Perder a mamá dolió, pero nos dolió a ambos. Sin embargo, nunca he querido deshacerme del rancho.

—No, pero dejaste claro que no quieres criar a la próxima generación aquí —dijo papá. Suspiró al ver el dolor en el rostro de ella—. No estoy enojado contigo por eso, Bee. Tampoco me duele. Estoy haciendo esto porque quiero seguir tus pasos. Quiero ver si hay vida para mí más allá del rancho, y darte la oportunidad de

hacer lo que quieras. Las cifras, Bee. Las cifras son asombrosas. Podrías viajar por el mundo, comprar una mansión, comprar un apartamento en el Upper East Side de Manhattan con la cantidad de dinero que podría darte.

—No quiero un apartamento en el Upper East Side —dijo Bianca, y su padre se encogió de hombros.

—Entonces haz lo que quieras con él, Bee. Abre tu propia clínica veterinaria, podrías hacerlo en cualquier lugar con esto y ser capaz de ayudar a un millón de pequeños Timmys y curar a sus gatos y perros. Y antes de que digas algo sobre los trabajadores, aquí está la verdad. Este rancho emplea solo a cinco personas a tiempo completo, tal vez diez en temporada alta. Tú lo sabes. Y todos esos muchachos podrán conseguir trabajos que paguen incluso mejor trabajando para los promotores, construyendo casas y más. Así que no te preocupes por Luke, ni por ninguno de los otros. También están mejor sin este rancho.

—¿Pero y si tus suposiciones están equivocadas? —preguntó ella.

Cuando él no respondió, ella se dio la vuelta y salió por la puerta, tras Luke. Era evidente que él se había sentido herido por la noticia, y lo que había dicho parecía implicar que sospechaba que algo estaba pasando.

Le tomó mucho tiempo encontrarlo, casi una hora, ya que había tomado un Gator del establo y se había dirigido al pasto más lejano, al menos según Steve, el peón que estaba de servicio cuando Bianca salió. Lo siguió en un quad, conduciendo en la dirección general y buscando con la vista. Afortunadamente, el terreno era una típica meseta del este de Colorado, plana como un panqueque proverbial.

Finalmente lo encontró en el borde del pasto más septentrional, el verde neón brillante del Gator ayudándolo a destacar contra los tonos naturales del terreno. No estaba haciendo nada, solo sentado, mirando hacia los terrenos del gobierno que limitaban con el rancho Reynolds Iron.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó él cuando ella apagó el motor.

—Porque te fuiste sin terminar nuestra conversación, ni siquiera la empezamos —dijo ella—. Luke, lo que dijo mi padre me sorprendió. ¿Pero a ti no?

—Había estado escuchando los rumores —admitió Luke, reclinándose en el asiento del Gator—. He estado sentado aquí, tratando de averiguar qué decirles a los peones una vez que tu padre firme ese contrato. Tiene razón, ¿sabes? Los promotores han estado husmeando por Rockaways durante años. Colorado Springs está creciendo, Fort Carson con él, están empujando hacia el sur. Pueblo ha estado empujando hacia el norte. Alguien siempre pensando que de alguna manera esos tres van a formar una especie de corredor de gran ciudad.

—Con los precios de las casas en las ciudades, entiendo por qué.

Luke se burló. —Un montón de idiotas mimados de los suburbios que piensan que pueden obligar a la tierra a hacer lo que quieran sin consecuencias. Lo quieren todo al alcance de sus dedos, y también a treinta minutos de su casa. Meten un salón de uñas, un par de restaurantes de comida rápida, y no olviden la farmacia. Arrasar con el Centro Rockaway, reemplazarlo con algo más grande, moderno, más fácil. Tal vez añadir una escuela primaria hecha con molde. Todo conveniente, todo barato, todo sin alma.

—Algunas de esas cosas no son tan malas —señaló Bianca—. Como una escuela. Viajar en el autobús durante media hora en cada sentido desde el primer grado apesta. Y anoche estuvimos en un buffet asiático. Eso no es exactamente cocina auténtica de campo.

—¡A la que fuimos en coche! —explotó Luke—. ¡Tuvimos que ir a algún lugar, y así es como debería ser! ¡Que se queden con sus paisajes suburbanos muertos! ¡Que se queden con sus comunidades preplaneadas y sus asociaciones de propietarios, mientras conducen enormes SUVs porque tienen tanto miedo de no poder meter suficiente basura en el maletero de un coche normal, o porque son tan paranoicos que creen necesitar un tanque a su alrededor en alguna pesadilla de asalto urbano que solo existe en sus sueños. Ya sabes, porque esos treinta y cinco centímetros de distancia al suelo son tan importantes cuando conduces sobre asfalto todo el día.

Era la crítica más dura de la vida en la ciudad que Bianca había escuchado jamás, y le dolió. —No es por eso que me mudé a Colorado Springs, Luke.

—¿No? ¿Entonces por qué? —preguntó él, girándose. Cuando ella no respondió, se burló—. Eso es lo que pensaba.

—¡Me fui porque no quería preguntarme qué hubiera pasado! —gritó ella, y él volvió a mirarla—. Por Dios, Luke, ¿no lo entiendes? ¡Crecí aquí! Di mis primeros pasos en la misma hierba donde me besaste anoche. Vi lo que les pasó a los niños con los que crecí. La mitad de ellos no pudieron salir de esta área lo suficientemente rápido. ¿Sabes a qué instituto fui?

—Déjame adivinar... ¿Overton High?

—Bingo. Me gradué en el puesto veintitrés de una clase de doscientos cincuenta y tres. Entre el diez por ciento superior, hurra por mí. Pero ya sabía que quería salir porque no quería preguntarme "¿y si?" cuando tuviera cuarenta años. Quería saber que había tomado una oportunidad en la vida, que no iba a ser solo otra chica de campo.

—No hay nada de malo en ser de campo —gruñó Luke—. El aire que respiro es limpio, la comida que como es limpia, y el dinero que gano me lo he ganado. Si quiero aprender algo, lo busco en internet. Me he vuelto bastante decente en matemáticas empresariales gracias a sitios web de educación gratuita.

—Sí, bueno, eso también ocurre en la ciudad, así que deja la actitud santurrona —gruñó Bianca—. También he trabajado semanas de sesenta horas en la clínica. Y ese parto que hicimos juntos? No es nada comparado con algunas de las cosas que he hecho. Soy una buena veterinaria, y me lo he ganado.

—Te lo ganaste, y todo el tiempo le diste la espalda a la tierra de tu familia —respondió Luke—. Admítelo, Bianca. Tu papá es un idiota por hacer esto, pero tiene razón. No te importa este rancho, no te importa Rockaways. Solo viniste aquí para, ¿qué? ¿Aliviar alguna culpa con tu padre?

—¡Vine aquí porque me necesitaba, y lo quiero! —gritó Bianca—. ¡No le di la espalda a nada!

—¿No? ¿Entonces por qué estás dejando que venda este lugar? —gritó Luke—. ¿Por qué no estás defendiendo esta tierra? ¿Tu herencia? ¿A nosotros?

Bianca se detuvo, sorprendida. —¿Nosotros?

—Pensé que había un nosotros. —La voz de Luke se tiñó de amargura—. Pensé que tal vez, solo tal vez, te habías enamorado de mí de la misma manera que yo me enamoré de ti. Pensé que quizás...

Su voz se apagó, y Bianca volvió a quedar paralizada. Miró a Luke completamente atónita. ¿Se había enamorado de ella? ¿Enamorado-enamorado? —Luke...

—Es simple, Bianca —dijo Luke—. Amo esta tierra. Amo este rancho. Y te amo a ti. Si tú... si amas alguna de esas cosas, detendrás a tu padre de vender este lugar.

Bianca se quedó inmóvil nuevamente. En su mente, podía escuchar el dolor en la voz de su padre cuando dijo que tenía que irse. El cansancio, el dolor, la disposición para seguir adelante.

La condena de él de que ella tampoco quería el rancho. Él no podía quedarse.

¿Pero podría ella quedarse en su lugar? ¿Y qué hay de Luke?

—Yo... Luke, no acepto ultimátums. Y necesito pensar. —Tragó con dificultad—. No estaba preparada para todo esto, pensé que podríamos hablar esta mañana sobre nosotros, y no sobre todas estas otras cosas. Mi cabeza está... llena.

Luke parecía como si ella acabara de patearlo en sus partes íntimas, pero no gritó. No dijo nada. Simplemente se inclinó hacia adelante y encendió el motor del Gator de nuevo, y se alejó. En instantes el mundo volvió a quedar en silencio, excepto por el viento, y Bianca se sentó, escuchando en busca de sabiduría. Una hora después seguía sentada, escuchando... y sin encontrar ninguna.

LUKE

El golpe en la puerta de su caravana le sorprendió, pero Luke se sorprendió aún más cuando abrió y Bianca estaba al otro lado, mirándole con una extraña expresión en los ojos.

—¿Qué? ¿Pensabas que era la caravana de otra persona?

Ella negó con la cabeza y aclaró su garganta.

—No, solo... nunca te imaginé en pantalones deportivos y camiseta sin mangas.

Luke se miró a sí mismo, suspirando.

—¿En serio? ¿Lo de los pantalones deportivos grises?

—¿Qué? —preguntó ella, encogiéndose de hombros. Había recuperado su equilibrio mental, lo que era mejor que cómo estaba él—. Cuando algo funciona, funciona. Y en ti funciona.

—Gracias. Ahora, ¿por qué estás aquí?

Bianca respiró profundamente y le miró a los ojos.

—Te lo dije, no respondo a ultimátums. Pero quiero hablar. Tú y yo, lo que no se dijo hoy. Así que... ¿puedo pasar?

Luke consideró sus opciones. Había sido un idiota, dibujando tan rápidamente una línea en la arena, metafóricamente hablando. Y aunque estaba enfadado y herido, necesitaba saber si existía la posibilidad de que se hubiera equivocado. Tomando su decisión, asintió y se hizo a un lado. Bianca subió los escalones y entró, sin saber cuánto le había costado a él dejarla entrar. Las personas que habían visto el interior de la caravana de Luke Swenson podían contarse con los dedos de una mano.

—Cuando le pedí a mi padre que buscara tu dirección, no esperaba encontrarte en una caravana en medio de un campo —miró alrededor—. Pensé que te pagaba bien.

—Lo hace, pero no necesito más que esto por ahora —respondió Luke—. Estoy comprando esta tierra, y cuando la situación sea la adecuada, construiré una casa aquí. Por ahora, la caravana funciona.

—Es bonita —observó Bianca mientras miraba alrededor—. La mantienes muy limpia.

—¿Qué quieres? —replicó Luke mientras se sentaba en el banco del comedor—. Solo di lo que tengas que decir.

Bianca pareció un poco dolida, pero no era nada comparado con el vacío que devoraba el interior del pecho de Luke. Solo mirarla era una agonía. Ella dijo:

—Después de pensar un poco, volví al establo. Me sorprendió ver que te habías tomado el resto del día libre.

—Tengo vacaciones acumuladas —dijo él—, y sabía que si me quedaba cerca de los trabajadores, hablaría. Odio lo que está haciendo tu padre, pero quiero que sea él quien se lo diga. Se merece hacer al menos eso.

—Claro, pero... de todos modos, hablé más con mi padre durante el almuerzo, y después —continuó ella—. Y está decidido a irse, Luke. Las razones son tantas que no acabaríamos, pero se reduce a una cosa. Ya no quiere ser ganadero.

—¡Entonces que me lo deje a mí, que sea un propietario ausente! —suplicó Luke—. Que contrate a alguien con un título elegante en negocios si no confía en que yo pueda manejarlo, pero...

—Intenté todo eso —dijo Bianca—. No cedió. Quiere quitar su nombre del rancho, y nada va a impedirlo.

Le golpeó duro, y se recostó, sombrío.

—Así que se acabó. Entendido. Empezaré a rellenar solicitudes de trabajo mañana entonces —Luke cruzó los brazos sobre su pecho—. No necesitabas venir hasta aquí para eso.

—¡No es eso! —dijo Bianca—. Luke, yo quiero quedarme, y también podría hacer algo en el rancho. Pero...

—Pero ya tienes una vida, no querías herir mis sentimientos, vas a salir a comprar lotería, bla, bla, bla —Luke se dio la vuelta y se

dirigió al refrigerador—. Créeme, Bianca, lo he escuchado todo antes. La serie de mentiras y tonterías que se reducen a "Me largo, chico. Nos vemos".

Y así había sido. Padres de acogida que le decían que tenía un "nuevo hogar", solo para que ese hogar fuera poco más que una estancia prolongada en un hotel. Oh, sí, es un nuevo hogar, chico, tu nuevo hogar para siempre... siempre que dejes de estar tan enfadado. Sí, nunca conociste a tu padre, y tu madre hizo cosas menos que ejemplares. Está muerta ahora, ¿por qué estar enfadado por ello?

La letra podía cambiar, pero la melodía siempre era la misma.

No importaba si eran chicas en la escuela, las que querían salir con un chico malo, solo para descubrir que el niño grande de acogida con buena genética y abdominales no lo era. A pesar de su ira, a pesar de la ropa desastrosa y el ceño fruncido que estaba permanentemente grabado en su rostro, no era un mal tipo. Todo lo que quería era que alguien lo aceptara como era, que lo amara por ser él mismo.

Pero nadie quería eso. Claro, les gustaban sus bíceps naturalmente grandes, su apariencia de Capitán América, pero cuando no respaldaba todo eso siendo realmente un chico malo, se aprovechaban de él. Lo habían engañado, jugado con él, incluso seducido a veces antes de que aprendiera la verdad de lo que querían.

Jugaban con él y luego lo descartaban como basura.

Igual que sus hogares de acogida. Estaban felices de recibir el cheque cada mes del estado, pero cuando el trabajo doméstico gratuito no compensaba la diferencia entre ese cheque y el costo real de vestirlo, alimentarlo y cuidarlo, la paciencia se agotaba. Cállate, Luke. Deja de quejarte, Luke. ¿Por qué no puedes estar agradecido por lo que te estamos dando, Luke? A nadie le importa tu opinión, Luke.

Tú no importas, Luke.

Ahora era el turno de Bianca. Se había divertido, había conseguido que abriera su corazón una vez más, solo para ponerse

del lado del hombre que lo estaba destrozando todo. Ni siquiera le importaban las raíces de su familia.

—Luke, por favor —dijo Bianca.

Luke se volvió hacia ella y decidió que no podía, no esta vez. No podía soportar otra herida.

—Tienes una vida, Bianca —dijo fríamente, con los ojos entrecerrados mientras su corazón amenazaba con marchitarse en su pecho—. Una buena vida, haciendo lo que realmente quieres hacer. Así que vuelve a ella. No te preocupes por nada de aquí.

Bianca tragó saliva, y por un momento pareció genuinamente herida. Abrió la boca para decir algo, pero Luke no estaba interesado en cualquier mentira que tuviera que decir.

—Solo vete, Bianca. Vete y olvida este lugar.

Bianca se levantó y se dio la vuelta para irse. En la puerta se detuvo, y lo miró.

—¿Por qué querría olvidarte?

Él no respondió, y una lágrima se deslizó del ojo de ella por su mejilla. Abriendo la puerta, se fue, y Luke se quedó donde estaba en el área de la cocina, mirando su refrigerador. Conocía ese dolor, era el dolor de un corazón roto.

Le había entregado su corazón a una chica que nunca, jamás podría estar ahí para él.

¿Cómo había permitido enredarse tanto?

BIANCA

—¿Qué tal está funcionando esa idea de nadar para el Sr. Pooksie? —preguntó Bianca mientras rascaba detrás de las orejas del perro, algo que Pooksie amaba más que cualquier cosa en el mundo. Ella estaba miserable, pero forzó alegría en su voz; la presencia de Pooksie realmente ayudaba—. Parece feliz.

—¡Lo está, tu idea fue fantástica! —dijo la Sra. Davis—. Solo quería que alguien le echara un vistazo rápido a su barriga, le ha salido un poco de sarpullido. Pero adora el agua, y puede seguir nadando durante una hora o más si se lo permito.

—Vamos a echarle un vistazo entonces —dijo Bianca. Animó a Pooksie a tumbarse, y el perro casi inmediatamente se dio la vuelta, con las patas extendidas hacia fuera y exponiendo su barriga—. Ah.

El problema era claro, semicírculos rosados y manchados de piel irritada que se extendían desde los pliegues de las caderas del perro. Bianca tocó cuidadosamente la piel y sintió fácilmente el calor que irradiaba de la zona afectada. Un problema simple, pero la Sra. Davis estaba preocupada de todas formas.

Bianca sabía exactamente qué hacer. —Sra. Davis, ¿qué tipo de piscina tiene usted?

—¿Mi nueva piscina? —preguntó, y Bianca asintió—. Es bonita, de solo unos seis o nueve metros de largo, pero tiene este pequeño recorte que funciona como jacuzzi. Puedo usar eso incluso en invierno, y...

—Me refiero a qué productos químicos le pone —aclaró Bianca—. Porque Pooksie tiene un caso clásico de eczema.

—¿Eso es lo que tiene? —preguntó sorprendida, y Bianca asintió —. Sinceramente, no lo sé, mis hijos contrataron un servicio de mantenimiento de piscinas para mí. Uno de sus técnicos viene de vez en cuando.

Bianca le hizo un gesto para que mantuviera a su perro donde estaba, y fue hasta el armario. Sacando un bote con dispensador, apretó tres veces en la palma de su mano antes de aplicarlo en la barriga de Pooksie, frotándolo cuidadosamente hasta que quedó totalmente absorbido.

—Ahí está, esto le ayudará de inmediato. La próxima vez que venga el encargado de la piscina, pídale que use una dosis más baja de cloro o, mejor aún, que cambie a bromo si dispone de ello —dijo —. El bromo suele ser más suave para la piel de los perros. Por ahora, séquelo bien con un paño tibio después de que salga de la piscina, y si el enrojecimiento continúa, simplemente use un poco de crema para la piel como hice yo.

—Oh, Dios mío, eso es tan... gracias —respondió la Sra. Davis, conmovida—. ¿Qué loción usó? Quiero asegurarme de que sea la adecuada para la piel de Pooksie.

—Nada especial, solo... crema para ubres. —La garganta de Bianca se tensó. Solo había estado de vuelta durante dos días, después de marcharse temprano del rancho. Papá ya podía moverse por su cuenta, y la idea de ver a Luke de nuevo era como un puñetazo en el estómago. Así que se había ido unos días antes tras conseguir que su padre le prometiera que le avisaría antes de firmar el contrato con el promotor, y había vuelto a la clínica para darle un día libre al Dr. Cobb.

Solo mirar la crema para ubres, y pensar en las vacas, la hacía querer llorar de nuevo. Después de unos segundos, la Sra. Davis habló. —¿Estás bien, querida?

—¿Hmm? —preguntó Bianca antes de aclararse la garganta—. Sí, solo... recuerdos.

—Sabes, conozco esa mirada —dijo—. Tengo cuatro hijos, y déjame decirte que he visto esa mirada en todos excepto en uno de

ellos. Se habían enamorado y habían estropeado algo. El otro solo tuvo suerte, supongo. ¿Estoy cerca?

—Yo... ambos lo estropeamos —dijo finalmente Bianca—. Pero no quiero molestarla.

—Oh, no es molestia en absoluto —dijo la Sra. Davis—. Tienes más o menos la edad que tendría si yo tuviera una hija, y después de cuatro chicos, es agradable dar consejos a una mujer más joven. Afortunadamente, todos mis hijos se casaron con buenas mujeres, y ya tengo algunos nietos. Pero si necesitas ayuda, querida, estaré encantada de escucharte.

Bianca estaba a punto de contárselo todo a la Sra. Davis, pero se contuvo. —Quizás en otra ocasión, Sra. Davis. Por ahora, vamos a permitir que usted y el Sr. Pooksie continúen con su día. La acompañaré.

Al acercarse a la sala de espera, Bianca escuchó un alboroto diferente de los sonidos normales de la sala de espera de la clínica. A medida que se acercaba, escuchó a Celine, la recepcionista, decir: —Lo siento, señor, pero si no está aquí con un animal, voy a tener que pedirle que se vaya.

—No me iré a ninguna parte hasta ver a Bianca.

La voz detuvo a Bianca en seco, y junto a ella la Sra. Davis tomó en brazos al Sr. Pooksie. —¿Tu otra ocasión? —preguntó, y Bianca asintió—. Tiene una voz fuerte. ¿Eso es bueno?

—No lo sé. —Bianca se apresuró hacia la sala de espera donde encontró a Luke, de pie ante la recepción y con un aspecto diferente a como lo había visto antes. Se veía vivo, emocional, vulnerable.

No, ya lo había visto así antes. Una vez.

Cuando la besó.

—¿Luke?

—¡Bianca! —exclamó Luke, iluminándose sus ojos al mirarla. Estaba casi temblando visiblemente, vibrando como una cuerda de guitarra recién pulsada, tan emocionalmente alterado estaba—. Por favor, solo dos minutos, lo siento mucho, fui un idiota y debería haberte escuchado. Tienes razón, no debería haberte puesto entre la espada y la pared, y no debería haberte alejado. Estoy tan confundido por dentro, y no confío fácilmente en la gente. Tenía

miedo, tengo miedo ahora porque para tenerte tengo que abrirme a ti. Pero quiero hacer eso. Cuando dije que te amaba, solo...

Ella lo interrumpió, avanzando y besándolo tan intensamente como él la había besado aquella noche. Él se derritió ante su contacto, y cuando ella se apartó, sus dedos estaban húmedos con las lágrimas de él. —Viniste.

—Vine —dijo, y Bianca se dio cuenta de que no era la única que lloraba—. Voy a luchar esta vez, Bianca. Por ti, por lo que sentí. Por el rancho. No puedes dejar que lo venda. Te juro que encontraré una solución.

—No, vamos a encontrar una solución —le corrigió Bianca—. Porque quiero luchar contigo, Luke. Eso era lo que intentaba decirte la otra noche.

—Fui un idiota.

—Sabes, suenas como un vaquero —dijo la Sra. Davis, que seguía de pie junto a Bianca—. ¿Eres un verdadero vaquero, joven?

Luke miró a la Sra. Davis, enderezando los hombros. —Sí, señora. Aunque a veces se me olvida comportarme como tal. Como con Bianca la otra noche.

—Sí, eso puedo creerlo —dijo la Sra. Davis—. Todos son vaqueros en cierto modo también, ¿sabes?

—¿Quiénes?

—Sus hijos —dijo Bianca, y Luke asintió—. Tiene cuatro. Le regalaron este perro.

Luke miró a Pooksie, que jadeaba de emoción. —¿Y está en buenos términos con ellos?

—Los mejores —dijo la Sra. Davis—. Ahora, ¿de qué va eso de luchar por un rancho?

—El rancho de mi familia —respondió Bianca—. Mi padre quiere venderlo.

—¿Cuánto?

Bianca negó con la cabeza, divertida. —Sra. Davis, sé que tiene buenas intenciones, pero es un rancho de más de dos mil acres. Ese tipo de propiedad...

—Es solo un poco más pequeño que el que mis chicos tienen en Texas —terminó la Sra. Davis por Bianca, sonriendo con ironía—. Te

dije que compraron un lugar grande, ¿no? Y aunque yo pueda ser una accionista muy minoritaria en la empresa de mis hijos, tengo algunas monedas que puedo juntar en mi bolsillo. Así que, ¿por qué no vamos a una oficina o a algún lugar un poco menos público, y ustedes dos hablan conmigo?

Bianca miró a Luke, quien se encogió de hombros. —Tiene que ser mejor que mi plan.

Eran casi las diez de la noche cuando Bianca y Luke llegaron de nuevo al rancho; Bianca sostenía su mano mientras se acercaban a la puerta y tocaban el timbre. Era tarde, pero no había manera de que pudieran esperar más.

Su mente estaba exhausta, dando vueltas a las conversaciones que habían tenido durante las últimas horas. Tres personas se habían convertido en nueve, con videollamadas rebotando por todo el país y por toda su mente mientras ella y Luke trabajaban furiosamente para idear un plan.

Y al final, lo tenían.

Ahora solo tenían que hacerlo funcionar.

La luz del porche se encendió, y un momento después Bianca oyó golpes en el suelo. —¿Qué demonios...? ¿Bianca? ¿Luke? —dijo su padre al abrir la puerta—. ¿Qué están haciendo aquí ahora? ¡Es casi medianoche!

—Son las diez, papá —sonrió Bianca—. Para los ganaderos es medianoche, para los veterinarios es la hora en que recibimos una llamada porque Muffin acaba de comerse una cápsula de detergente y qué puedo hacer al respecto. Necesitamos hablar.

—Siempre pueden hablar. —Papá retrocedió—. ¿Ustedes dos están juntos? ¿O han vuelto a estar juntos? ¿O qué demonios está pasando aquí?

—Sí. —Luke tomó la mano de Bianca—. Fui un idiota, Reed. Pero ella me está dando una oportunidad. Tengo muchas cosas que

compensar y muchos errores que corregir. Pero ella me está dando una oportunidad.

—Y estamos aquí esta noche para suplicarte, papá, que no vendas el rancho a esos promotores —dijo Bianca—. Si lo haces, destruirás los Rockaways. El Centro sería demolido y reemplazado. La gente que vive por aquí se vería expulsada económicamente del vecindario a medida que esta zona se aburguesara y quedara pavimentada.

—La marca Reynolds Iron significa algo, Reed —dijo Luke—. Bianca me contó sobre los malos recuerdos que tiene para ti, pero también tiene buenos recuerdos. Este rancho, aquí es donde aprendí a convertirme en un hombre. Aquí es donde finalmente comencé a sentirme bien conmigo mismo, que tengo valor en este mundo y no soy solo un huérfano descartado. Eso fue este rancho, pero más que eso, fuiste tú.

Papá pareció sorprendido y parpadeó. —¿Lo dices en serio?

—Papá, aquí me enseñaste a montar a caballo y a andar en bicicleta —añadió Bianca—. Fui a Colorado Springs para encontrar mi futuro, pero ahora sé que mi hogar está aquí. Sé que sientes que necesitas irte, explorar el mundo. Y quiero eso para ti. Pero también quiero este rancho, papá. Sé que hay dolor y malos recuerdos. Pero también hay muchos buenos recuerdos, y quiero añadir más buenos recuerdos. Necesito este rancho, papá. Nosotros necesitamos este rancho.

Papá miró de Bianca a Luke, con los ojos tensos. —¿Están seguros?

—Sé que es repentino, sé que es extraño. —Luke llevó la mano de Bianca a sus labios—. Pero sí. Estoy con ella, al cien por cien, Reed.

—¿Y si no consiguen el rancho?

Luke miró a Bianca y le dio un apretón de manos. —Entonces supongo que tendré que aprender a ser un chico de ciudad. O ir a donde Bianca quiera ir.

Fue un momento que borró cualquier preocupación sobre la marca Reynolds Iron de la mente de Bianca. Sí, tenían un plan. Pero

los planes cambian. El mundo cambia. ¿Luke? Luke estaría con ella a través de cualquier cambio que pudiera haber.

—Está bien entonces —dijo Reed—. El rancho es vuestro.

—Espera... ¿en serio? —preguntó Luke, y Reed asintió—. ¿Pero?

—Pero Bianca tiene razón. Todavía quiero cobrar, relajarme y ver el resto del mundo, o al menos una parte de él —dijo Reed—. Quiero escuchar vuestros planes sobre cómo vamos a poder hacer que eso suceda.

Bianca sonrió y le dio un apretón de manos a Luke. —Sentémonos en la sala, tenemos información que seguro te hará sonreír.

LUKE

—¿Estás seguro de que esto no molestará a las vacas? —preguntó Luke con cautela mientras observaba la estructura metálica que estaban ensamblando en el pastizal. No parecía mucho, un solo camión con remolque contenía todo el equipo necesario. Esto podría ser parte del camino a seguir para el Rancho Reynolds. —Parece que podría causar problemas.

—Para nada —dijo el técnico jefe—. La idea es que la inclinación de la estructura captará suficiente luz solar para generar energía durante la mayor parte del día, pero seguirá pasando la suficiente para que tu hierba pueda crecer. O plantas que prefieran ambientes más sombreados. De hecho, esta es la sexta granja en la que trabajo, y los dueños me dicen que a las vacas les gusta. Se convierte en una especie de zona de sombra para ellas en verano. Y todos los cables están enterrados lo suficientemente profundo bajo el terreno de pastoreo como para que tus vacas ni siquiera noten que están ahí una vez que vuelva a crecer la hierba.

—No puedo discutir con eso —admitió Luke—. Supongo que los dejaré a usted y su equipo seguir con el trabajo.

—Genial. Además, me gustaría que uno de mis chicos subiera al techo de tu granero mañana para evaluar la instalación. ¿Será un problema?

—En absoluto —dijo Luke—. Solo avíseme cuando vayan a usar herramientas eléctricas allá arriba, me gustaría mantener el rebaño en el pastizal durante ese tiempo tanto como sea posible.

—Lo haré —dijo el técnico jefe—. Gracias.

Tocándose el sombrero, Luke volvió a subir al cuatriciclo y regresó al área del granero, donde encontró a Bianca en los establos, examinando a Chief. —¿Cómo está?

—Podemos intentar que camine con jinete la próxima semana. —Se dio la vuelta para rodear la cintura de Luke con sus brazos y darle un beso. Luke se inclinó, acunando la parte posterior de su cabeza y besándola de la manera que sabía que a ella le gustaba. Habían hecho mucho de esto durante las últimas semanas, conociéndose mientras aprendían a dirigir el rancho.

Se habían tomado el tiempo para ganar confianza, para abrirse el uno al otro. Él entendía por qué ella se había ido, lo que quería, y por qué lo que realmente deseaba había estado aquí en el rancho todo el tiempo. Por otro lado, ella estaba aprendiendo sobre él, mientras se abría sobre sus inseguridades, sus miedos y los traumas de su pasado.

También le había enseñado mucho sobre sí mismo.

—Necesitaba uno de esos —dijo Luke cuando dio un paso atrás, y Bianca sonrió, mordiéndose el labio. Estaba tan feliz, su personalidad burbujeante contrarrestaba su natural cautela, y su carácter juguetón hacía que cada día fuera una maravilla—. La instalación en el pastizal va bien.

—Sé que tienes preguntas, pero era parte del trato —le recordó Bianca. Él lo sabía, y aunque le parecía gracioso, tenía sentido. Los hijos de la señora Davis se habían vuelto casi locos con lo ambiental en su rancho en Texas, habiendo instalado paneles solares y molinos de viento prácticamente en todos los lugares posibles. En sus negociaciones, le había mostrado a Luke y Bianca las cifras. La cantidad de electricidad que producía ese rancho era impresionante, y generaría dinero para el rancho incluso en los meses entre ventas de ganado.

Era parte de la nueva generación en el Rancho Reynolds, una nueva generación que iba a adoptar lo moderno mientras mantenía los valores tradicionales del rancho.

Y eso significaba mucho para Luke. Era su camino hacia la sanación, aprendiendo cada día a confiar un poco más, a abrir su

corazón un poco más. Estaba aprendiendo que ser vulnerable no significaba ser débil. Si acaso, lo hacía más fuerte que nunca.

—¿Cómo fue el resto de la mañana? —preguntó Luke mientras él y Bianca volvían a centrar su atención en Chief. Cada uno tomó un cepillo, acicalando al caballo con largas y suaves pasadas—. ¿Tu padre ya tomó su decisión?

—Todavía no —dijo Bianca—. Cuando vino antes, dijo, y cito: "El terreno está bien, pero necesito algo más que una caravana".

Luke resopló. —Está hablando de viajar por el país durante seis o siete meses al año. ¿Qué demonios necesita en esa propiedad además de una cama básica para recostar la cabeza cuando esté aquí?

Bianca se encogió de hombros. Reed Reynolds también estaba aprendiendo y evolucionando. Era parte del trato, un intercambio de terrenos que hizo que la media hectárea de Luke fuera de Reed. Pero la caravana de Luke era temporal en el mejor de los casos, algo que Luke podía entender.

Aun así, su futuro suegro estaba siendo bastante testarudo sobre su nuevo alojamiento, considerando que iba a ganar diez mil dólares al mes sin hacer nada durante los próximos veinte años. Aunque, con el precio comercial estimado del rancho, era una ganga para Luke y Bianca, y todos salían felices del acuerdo.

—Lo resolverá en cuanto encuentre la autocaravana que quiere —dijo Bianca—. Por cierto, recibí buenas noticias de mi visita al Centro Rockaway hoy.

—¿Ah, sí? —preguntó Luke, y Bianca asintió—. ¿Qué pasó?

—Dos personas se me acercaron, preguntándome por mis servicios —dijo ella, y Luke sonrió ampliamente. Era parte del acuerdo entre ellos también. Bianca iba a seguir con su pasión, ser veterinaria. Claro, solo sería a tiempo parcial para permitirle trabajar en el rancho también, pero esa era su elección. No iba a abrir una consulta, sino hacer visitas a domicilio o recibir a los pacientes en el Rancho Reynolds, pero eso también estaba bien para Luke.

—Me alegro, y estoy orgulloso de ti —respondió Luke—. ¿Qué tipo de mascotas?

—Un perro mestizo de treinta y seis kilos, según el dueño, y, escucha esto... una tortuga.

Luke dejó de cepillar a Chief y levantó una ceja. —¿Una tortuga?

—Más exactamente, una tortuga rusa, si la memoria del dueño es correcta. —Bianca se rio—. También es el dueño del dispensario junto a la carretera, así que podría haber alguna duda al respecto.

—Ah... quizá quieras revisar qué tipo de verduras le está dando a su tortuga —bromeó Luke, y Bianca se rio. Era una risa llena de luz y amor, que lo hizo unirse a ella. Escuchó un reflejo de esa luz y amor en su propia risa, y se detuvo, asombrado—. Tú eres... más de lo que jamás podré expresar.

Bianca se sonrojó ligeramente. —No te das suficiente crédito. Me recordaste que todas las cosas que estaba buscando eran solo superficiales. Todo lo que quería era encontrar mi propio corazón y alma, y los he encontrado. Tú. Esta vida.

Luke, conmovido, rodeó a Chief hasta el lado de Bianca nuevamente, tomando sus manos. —Sabes que este rancho, de lo que estamos hablando, es un compromiso para toda la vida.

Bianca asintió. —Lo sé. Pero esta es la vida que quiero. Estamos construyendo un verdadero hogar, con nuestro verdadero propósito. ¿No es eso de lo que se trata la vida?

Luke asintió y tragó nerviosamente. —Lo es. Me has enseñado a amar, a no esconderme, a... a dejarme ser amado. Y quiero que eso continúe. Así que estaba pensando, sé que es rápido, pero cuando algo es bueno, es bueno.

—Y lo nuestro es bueno. —Bianca puso un dedo en sus labios—. Pero antes de que me hagas la pregunta que creo que vas a hacerme, déjame preguntarte algunas cosas. Primero, ¿hablaste con papá al respecto?

—Hablé con tu padre, sí. —En realidad, Reed se había acercado a Luke hace más de una semana, preguntándose cuánto tiempo le tomaría a Luke organizarse.

—Segunda pregunta —continuó Bianca—. ¿Esperas que sea una novia neurótica? ¿O esperas que tengamos nuestra luna de miel aquí mismo?

—En realidad, estaba pensando en las cuarenta hectáreas del fondo —bromeó Luke, y Bianca se rio suavemente. Poniéndose serio, dijo—: Bianca, no espero que seas nadie más que tú misma. Boda grande, boda pequeña, novia neurótica o tranquila como un pepino en el refrigerador, mientras vayas a ser mi esposa, lo resolveremos.

—Última cosa, entonces... —Bianca sonrió—. Si me has comprado un anillo, será mejor que me compres un collar para llevarlo. De ninguna manera voy a meter una mano con un anillo de diamantes dentro de una vaca a punto de parir.

Luke hizo una pausa y reflexionó. —Buen punto, no había pensado en eso. —Metió la mano en su bolsillo—. En cambio, pensé que no lo querrías cuando estuviéramos trabajando alrededor del granero. Así que conseguí esto para ti. Algo que puedas usar todo el tiempo.

Luke se tomó su tiempo sacando la cadena de oro con un pequeño colgante de diamante, pero cuando salió, los ojos de Bianca se agrandaron. —Ya me conoces tan bien.

—No, pero quiero pasar el resto de mi vida conociéndote más mañana de lo que te conozco hoy —dijo Luke—. Quiero construir una vida llena de recuerdos contigo, y llenar este rancho con nuestro amor y familia. Así que Bianca Reynolds, ¿te casarías conmigo?

Bianca asintió y levantó su cabello para que él pudiera abrocharle el colgante. —Sí, Luke. Con toda felicidad.

LUKE

Dos años después

—¡Mírate nada más! —exclamó la señora Davis mientras salía de su SUV, radiante. El señor Pooksie estaba con ella, por supuesto, casi saltando y tirando de su correa tan pronto como sus patas tocaron el suelo. A pesar de ser ya un perro completamente "adulto", tenía mucha energía y estaba ansioso por llegar a su "área de juego", según Bianca. Aunque, a muchos perros locales les gustaba compartir una valla con un corral de cabras Pygora—. ¿Cuántos meses te faltan?

—Semanas sería más exacto —dijo Bianca felizmente mientras se frotaba el vientre hinchado—. Y son tres. De hecho, usted es mi última paciente; después de esto no haré nada más que caminar como un pato para alimentar a las cabras y caballos, y descansar. ¿Sabe? Esto podría sonar extraño considerando que soy médica, pero mi obstetra me está volviendo loca.

—Déjame adivinar —dijo la señora Davis con conocimiento de causa—, quiere que te relajes y no hagas nada durante las próximas semanas. Reposo en cama lo llamaban cuando yo tenía a mis hijos.

—¡Exactamente! —Bianca negó con la cabeza—. Estoy aquí, preparándome para el equivalente a un maratón si consideras cuánto dura normalmente el parto, y él quiere que me siente a comer helado. Ese hombre... por suerte su partera me dijo que ignorara todo eso y siguiera mis instintos.

—Mujer inteligente —comentó la señora Davis—. Haz lo que puedas, y estará bien. ¿Te sientes con ánimos de darme un recorrido por mi inversión?

Bianca sonrió, asintiendo.

—Claro, siempre que no le importe ir en el Gator. Puede que aún me mueva, pero los caballos están prohibidos para mí durante los próximos seis meses más o menos.

—Esa es probablemente una buena idea —dijo la señora Davis. Al girar, las dos se dirigieron hacia el área de juego para mascotas al aire libre, que actualmente estaba vacía—. ¿Cómo va tu práctica veterinaria?

—Agradablemente ocupada. —Bianca abrió la puerta y la señora Davis dejó correr a Pooksie. Inmediatamente él corrió hacia la valla, ladrando alegremente. Las cabras, que estaban acostumbradas a tales travesuras de animales de confianza, más o menos lo ignoraron excepto una que se volvió y tocó narices con él—. Tengo prácticamente todos los clientes que puedo manejar. Las otras granjas y ranchos locales realmente aprecian tener a "una de los suyos" visitando a sus animales.

—Eso es bueno. —La señora Davis miró hacia las cabras—. Y a propósito, ¿cómo están las cabras?

—Rentables. Todavía no consideramos la venta de carne; las Pygoras pueden vivir hasta catorce años y su lana es mucho más valiosa que su carne. Luke estableció contacto con un colectivo de artistas en Nuevo México, les encantan nuestras cabras y están comprando toda la lana que producimos —dijo Bianca—. ¿Sabe? Cuando nos explicó su "trato", estaba medio preocupada de que estuviera un poco loca.

—Y aun así aceptaron el trato —señaló la señora Davis con una sonrisa. Llegaron al Gator, y ella subió al asiento del pasajero—. ¿Quizás la locura es contagiosa?

—Quizás. —Bianca se puso al volante y encendió el carrito. Condujo lentamente, ocupando la mayor parte de la tarde con su recorrido y un rápido chequeo del señor Pooksie. Pero cuando la señora Davis se marchó, Bianca se sintió bien.

—Feliz aniversario de dos años —dijo Luke detrás de ella mientras la rodeaba cuidadosamente con sus brazos por la espalda —. ¿Mencionó algo al respecto?

—No, pero sé que lo recordó —dijo Bianca—. Dos años que somos dueños de este lugar. Parece que fue ayer.

—Sé a qué te refieres. —Luke le besó tiernamente la nuca—. Vamos, tengo lista tu mecedora en el porche.

Bianca sonrió y tomó la mano de su esposo. Él era todo lo que ella podría haber imaginado. Era un amigo que la hacía reír. Se sentaban juntos después del trabajo, conversando y compartiendo historias. Luke tenía una manera especial, cuando se abría, de hacerla partirse de risa con el relato de una simple anécdota de su día de trabajo.

Era un compañero que ayudaba a administrar el ahora Rancho Iron Swenson-Reynolds de manera más rentable de lo que había sido jamás bajo el liderazgo de su padre. Ya habían podido contratar a dos trabajadores más a tiempo completo para atender mejor a las vacas, las cabras y los centros de electricidad verde.

Era un amante que le enviaba felices escalofríos por la columna con solo recordar su tacto. Sí, les había tomado casi un año después del matrimonio para que ella quedara embarazada, pero no fue por falta de intimidad. Al contrario, él estaba dispuesto a escuchar, a tocarla como ella quería ser tocada, y a amarla como ella quería ser amada. Todo lo que hacían juntos se sentía bien, honesto y puro. Aunque no iba a compartir con nadie los detalles de cómo ella y Luke hacían el amor, no se avergonzaba de nada de lo que habían hecho.

Porque por encima de todo, Luke Swenson era un esposo que la amaba plena y completamente.

Y pronto, iba a ser padre.

En lo profundo de su alma, ella sabía que iba a ser el mejor del mundo en eso.

Ya estaba mostrando señales, como la mecedora que había modificado, haciendo los balancines más anchos y gruesos, elevando el asiento diez centímetros extra, facilitando el sentarse y levantarse.

Aun así, agradeció su mano de ayuda mientras se sentaba con un pequeño gruñido.

—Dios, me siento como una de las vacas.

—Eres hermosa. —Luke se arrodilló, acunando su rostro—. Cada mañana, estoy agradecido de despertar a tu lado. Eres la mujer más hermosa del mundo hoy, mañana y siempre.

—¿Incluso cuando llegue nuestra hija? —preguntó Bianca, frotándose el vientre. Sintiendo una patada, sonrió y tomó la mano de él, colocándola en su vientre para que ambos pudieran sentir a la bebé moviéndose—. Está llena de energía.

—Si se parece en algo a su madre, seré el padre más afortunado del mundo.

—Vas a ser un gran papá —le aseguró Bianca mientras Luke se levantaba y se sentaba en su propia mecedora. Extendiendo la mano, tomó la de ella, meciéndose al ritmo de ella. Estuvieron callados durante mucho tiempo, solo observando cómo, a lo lejos, el sol tocaba las montañas—. Esta tierra es especial.

—La gente la hace especial —respondió Luke, y Bianca asintió con un murmullo—. Sé que apenas estamos empezando, pero estaba pensando. Odiaba ser hijo único, incluso antes de que mi madre muriera.

—¿Eso es lo que estás pensando? —preguntó Bianca, divertida—. Bueno, si ese es el caso, vamos a necesitar expandir el negocio. Porque si tenemos un niño, va a salir a ti.

—¿Eso es algo malo?

—No... excepto que quizás necesitemos comenzar una manada separada solo para alimentar a la familia —bromeó Bianca.

—No tengo problema con eso —le aseguró Luke—. Tú, nuestra familia... esa es la mejor vida que podría imaginar.

—Yo también —dijo Bianca mientras el sol se ocultaba detrás de las montañas. Mientras la luz se desvanecía, permaneció donde estaba, escuchando el viento. En él se llevaba la canción del futuro, y era una canción de amor. Sonrió—. Yo también.

TAMBIÉN DE OLIVIA SANDS

Puedes acceder a:

https://oliviasands.com/libros/

para encontrar mis últimos libros que aún no están en esta lista.

Kentucky Green

Colton
Jaxon
Braxton
Weston
Sophia
Carson
Hudson
* Paquete 01 - Colton, Jaxon, Braxton
* Paquete 02 - Weston, Sophia, Carson

ACERCA DE LA AUTORA

Olivia Sands es la feliz madre de un geek certificado y un veterinario aventurero. Escribe tiernos romances contemporáneos ambientados en pequeños pueblos ficticios.

Puedes volverte miembro
del **grupo de lectores VIP** de Olivia para recibir obsequios y noticias en:
https://oliviasands.com/s

Puedes seguir a Olivia en su sitio:
* **www.OliviaSands.com**

Y en los sitios de redes sociales:
https://www.facebook.com/OliviaSandsAuthor
https://www.instagram.com/oliviasandsauthor

Copyright © 2019 / 2025 Olivia Sands

Todos los derechos reservados. Esta copia está destinada ÚNICAMENTE al comprador original de este libro.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora. Por favor, no participe ni fomente la piratería de materiales protegidos por derechos de autor en violación de los derechos de autor. Compre solo ediciones autorizadas.

Este libro es un trabajo de ficción. Si bien se pueden hacer referencias a eventos históricos reales o ubicaciones existentes, los nombres, personajes, lugares y eventos son completamente ficticios. Todos los nombres, personajes y eventos descritos en el interior han sido imaginados por la autora. Cualquier parecido con la realidad (personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares) es pura coincidencia.

[*Nota de la Traductora: Es importante aclarar que los nombres propios, aún existiendo el equivalente en español, se han respetado tal como aparecen en la versión en inglés, omitiendo los respectivos acentos*]

ÍNDICE

Sinopsis

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11

También de Olivia Sands
Acerca de la autora